

UN MISTERIO DE RILEY PAIGE—LIBRO I

UNA
VEZ
DESAPARECIDO



BLAKE PIERCE

Un Misterio de Riley Paige

Blake Pierce

Una Vez Desaparecido

«Lukeman Literary Management Ltd»

Pierce B.

Una Vez Desaparecido / B. Pierce — «Lukeman Literary Management Ltd», — (Un Misterio de Riley Paige)

Los cuerpos de mujeres asesinadas grotescamente están apareciendo en las afueras rurales de Virginia y, cuando llaman al FBI para pedir su ayuda, no tienen respuesta. Hay un asesino en serie cuya frecuencia está aumentando, y saben que solamente hay una agente lo suficientemente buena para resolver este caso, la Agente Especial Riley Paige. Riley se encuentra en un permiso pagado, recuperándose de su encuentro con su último asesino en serie y, frágil como está, el FBI está reacio a aprovechar su mente brillante. Sin embargo, Riley se suma al caso, necesitando luchar contra sus propios demonios, y su búsqueda la lleva por la subcultura inquietante de coleccionistas de muñecas, a los hogares de familias desintegradas y por los caminos más oscuros de la mente del asesino. Mientras Riley profundiza en el caso más y más, se da cuenta de que está enfrentando a un asesino más retorcido de lo que había imaginado. En una carrera frenética contra el tiempo, se encuentra presionando sus límites, su trabajo en riesgo, su propia familia en peligro y su frágil psiquis colapsando. Sin embargo, una vez que Riley Paige toma un caso, ella no se da por vencida. La obsesiona, llevándola a los rincones más oscuros de su propia mente, ofuscando las líneas entre el cazador y la presa. Después de una serie de giros inesperados, sus instintos la llevan a un clímax estremecedor que incluso Riley no podría haber imaginado. Un thriller psicológico oscuro con suspenso emocionante, UNA VEZ DESAPARECIDO marca el debut de una nueva serie fascinante – y un nuevo personaje querido – que te dejará pasando páginas hasta bien entrada la noche. El Libro #2 en la serie de Riley Paige estará disponible pronto.

© Pierce B.
© Lukeman Literary Management Ltd

Содержание

Prólogo	7
Capítulo 1	10
Capítulo 2	13
Capítulo 3	16
Capítulo 4	21
Capítulo 5	24
Capítulo 6	26
Capítulo 7	30
Capítulo 8	33
Capítulo 9	35
Capítulo 10	38
Конец ознакомительного фрагмента.	41

Blake Pierce

UNA VEZ DESAPARECIDO (UN MISTERIO DE RILEY PAIGE—LIBRO 1)

Blake Pierce

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y thriller. UNA VEZ DESAPARECIDO es la primera novela de Blake. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar www.blakepierceauthor.com para unirte a la lista de correo electrónico, recibir un libro gratis, recibir regalos gratis, conectarte en Facebook y Twitter y mantenerte en contacto.

Derechos de autor © 2015 por Blake Pierce. Todos los derechos reservados. Excepto según lo permitido bajo la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, o almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor. Este eBook está disponible sólo para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido o dado a otras personas. Si te gustaría compartir este libro con otra persona, por favor compra una copia adicional para cada destinatario. Si estás leyendo este libro y no lo compraste, o no fue comprado sólo para tu uso, por favor regrésalo y compra tu propia copia. Gracias por respetar el trabajo duro de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se emplean como ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es totalmente coincidente. Derechos de autor de la imagen de la cubierta de GoingTo, utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

Prólogo

Un nuevo espasmo de dolor sacudió la cabeza de Reba, colocándola en posición vertical. Tiró contra las cuerdas que tenían atado su cuerpo, atadas alrededor de su estómago a una longitud vertical de tubería que había sido atornillada al suelo y al techo en medio de la pequeña habitación. Sus muñecas estaban atadas al frente, y sus tobillos también estaban atados.

Notó que había estado dormitando, e inmediatamente se llenó de miedo. Sabía que el hombre iba a matarla. Poco a poco, herida por herida. Su muerte no era lo que buscaba, y tampoco el sexo. Sólo buscaba su sufrimiento.

Tengo que permanecer despierta, pensó. Tengo que salir de aquí. Si me quedo dormida otra vez, moriré.

A pesar del calor en la habitación, su cuerpo desnudo sintió frío por el sudor. Miró hacia abajo, retorciéndose, y vio que sus pies estaban desnudos contra el piso de madera. El piso alrededor de ellos estaba cubierto de manchas de sangre seca, indicios claros de que ella no era la primera persona que había sido atada aquí. Su pánico se intensificó.

Él se había ido a un sitio. La única puerta de la habitación estaba cerrada, pero él volvería. Siempre volvía. Y entonces haría lo que fuera para hacerla gritar. Las ventanas estaban bloqueadas con tablas, y no tenía idea si era de día o de noche, la única luz provenía de un único bombillo que colgaba del techo. Dondequiera que quedaba este lugar, parecía que nadie podía oír sus gritos.

Se preguntaba si esta habitación había sido una vez el dormitorio de una niña; grotescamente, era de color rosado, con adornos de cuentos de hadas por todas partes. Alguien—ella suponía que su captor—había destrozado el lugar hace mucho, rompiendo y volteando las banquetas, sillas y mesas. El piso estaba lleno de las extremidades y torsos desmembrados de muñecas. Pequeñas pelucas—pelucas de muñecas, Reba suponía—estaban clavadas como cueros cabelludos en las paredes, la mayoría de ellas trenzadas elaboradamente, todas ellas de colores poco naturales y de juguete. Una mesa de tocador rosada magullada estaba junto a una pared, su espejo en forma de corazón roto en pedazos. El único otro mobiliario intacto era una cama individual angosta con un dosel rosado. Su captor a veces descansaba allí.

El hombre la miraba con ojos oscuros, redondos y brillantes, a través de su pasamontañas negra. Al principio, le había alentado el hecho de que siempre usaba el pasamontañas. ¿Si él no quería que ella viera su cara, eso significaba que no planeaba matarla, que quizás la dejaría ir?

Pero pronto descubrió que la máscara tenía otro propósito. Podía notar que la cara detrás de la misma tenía un mentón hundido y una frente inclinada, y que las facciones del hombre eran débiles y acogedoras. Aunque él era fuerte, era más bajo que ella y probablemente se sentía inseguro por ello. Suponía que llevaba el pasamontañas para parecer más aterrador.

Se había rendido en tratar de convencerlo de que no la lastimara. Al principio había pensado que podía hacerlo. Después de todo, ella sabía que era bonita. *O al menos solía serlo*, pensó con tristeza.

El sudor y las lágrimas se mezclaron en su rostro magullado, y podía sentir la sangre en su pelo largo y rubio. Sus ojos le ardían: le había hecho colocarse lentes de contacto, y no podía ver bien por ellos.

Sólo Dios sabe cómo me veo ahora.

Dejó caer su cabeza.

Muérete ya, se suplicó a sí misma.

Debería ser bastante fácil de hacer. Estaba segura de que otras se habían muerto aquí antes.

Pero no podía hacerlo. Sólo pensar en eso hacía que su corazón latiera más fuerte mientras jadeaba, tensando la cuerda alrededor de su vientre. Lentamente, como sabía que se enfrentaba a una muerte inminente, un nuevo sentimiento comenzó a surgir dentro de ella. No era ni pánico ni miedo esta vez. No era desesperación. Era algo más.

¿Qué siento?

Luego entró en cuenta. Era *rabia*. No contra su captor. Había agotado su ira hacia él desde hace mucho.

Soy yo, pensó. *Estoy haciendo lo que él quiere*. Cuando grito y lloro y ruego, estoy haciendo lo que él quiere.

Cada vez que tomaba ese frío caldo que le daba a través de una pajita, estaba haciendo lo que él quería. Cada vez que le decía patéticamente que era una madre con dos hijos que la necesitaban, estaba deleitándolo sin fin.

Su mente ahora tenía un nuevo propósito; al fin dejó de retorcerse. Tal vez necesitaba intentar una nueva táctica. Había estado luchando arduamente contra las cuerdas todos estos días. Tal vez no lo estaba abordando de la forma correcta. Eran como esos pequeños juguetes de bambú, la trampa de dedos china, donde pones los dedos en cada extremo del tubo y entre más fuerte jales, más se atascan tus dedos. Quizá el truco era relajarse, deliberada y completamente. Tal vez esa era la forma de salir de todo esto.

Músculo por músculo, relajó su cuerpo, sintiendo cada ardor, cada moretón donde su carne tocaba las cuerdas. Y, lentamente, notó donde se encontraba la tensión de la cuerda.

Por fin encontró lo que necesitaba. Había una pequeña holgura alrededor de su tobillo derecho. Pero no podía jalar por ahí todavía. Tenía que mantener sus músculos relajados. Movié su tobillo suavemente, luego más agresivamente mientras la cuerda se aflojaba.

Finalmente, se soltó su talón, y sacó todo el pie derecho.

Inmediatamente exploró el piso. A sólo un pie de distancia, en medio de las piezas de muñeca dispersas, estaba su cuchillo de caza. Siempre se reía cuando lo dejaba allí, tan cerca. La cuchilla llena de sangre brillaba burlescamente en la luz.

Movié su pie libre hacia el cuchillo. No llegó a su destino.

Dejó que su cuerpo se aflojara otra vez. Se deslizó unas pocas pulgadas por la tubería y movió su pie hasta que el cuchillo estaba a su alcance. Agarró la cuchilla sucia entre sus dedos, la raspó por el piso y la levantó con cuidado con su pie hasta que el mango estaba en la palma de su mano. Agarró el mango firmemente con dedos entumecidos y lo volteó, cortando poco a poco la cuerda que ataba sus muñecas. El tiempo parecía detenerse mientras contenía la respiración, esperando y rogando que no se le cayera. Que él no entrara.

Finalmente oyó un ruido, y quedó totalmente asombrada ya que sus manos se soltaron. Inmediatamente cortó la cuerda alrededor de su cintura, su corazón latiendo con fuerza.

Libre. Casi no podía creerlo.

Por un momento lo único que podía hacer era agacharse allí, sus manos y pies hormigueando mientras volvía a circular la sangre completamente. Empezó a tocarse los lentes de contacto, resistiendo las ganas de sacarlos de un solo golpe. Cuidadosamente los rodó hacia un lado, los pellizcó y se los sacó. Sus ojos le dolían terriblemente, y fue un alivio ya no tenerlos adentro. Mientras miraba los dos discos de plástico en la palma de su mano, su color la asqueó. Los lentes eran de color azul brillante, antinatural. Los arrojó a un lado.

Su corazón latiendo con fuerza, Reba se levantó y rápidamente cojeó a la puerta. Tomó el pomo en sus manos pero no le dio vuelta.

¿Y si él estaba allá afuera?

No tenía otra opción.

Reba dio vuelta al pomo y jaló la puerta, la cual se abrió sin hacer ruido. Miró por un pasillo largo y vacío, iluminado sólo por una abertura arqueada a la derecha. Se arrastró por el mismo, desnuda, descalza y silenciosa, y vio que el arco daba a una habitación tenuemente iluminada. Se detuvo y miró fijamente. Era un simple comedor, con una mesa y sillas totalmente ordinarias, como si una familia pronto llegaría a cenar allí. Antiguas cortinas colgaban por las ventanas.

Sintió terror nuevamente. La cotidianeidad del lugar era inquietante de una manera que un calabozo no lo hubiera sido. A través de las cortinas podía ver que estaba oscuro afuera. El pensar que la oscuridad le facilitaría su escape le levantó el ánimo.

Se volvió al pasillo de nuevo. Terminaba en una puerta, una puerta que simplemente tenía que dar al aire libre. Cojeó y apretó el picaporte de latón frío. La puerta se abrió hacia ella para revelar la noche afuera.

Vio un pequeño porche, y un patio más allá del mismo. El cielo nocturno estaba estrellado y sin luna. No había ninguna otra luz, ningún indicio de casas cercanas. Caminó lentamente al porche y por el patio, que era seco y no tenía grama. Aire fresco inundó sus pulmones adoloridos.

Mezclado con su pánico, se sintió eufórica. El regocijo de la libertad.

Reba dio su primer paso, preparándose para correr, cuando de repente sintió el duro agarre de una mano en su muñeca.

Luego vino la risa fea y familiar.

Lo último que sintió fue un objeto duro, tal vez de metal, impactando su cabeza y luego estaba girando en el abismo más profundo.

Capítulo 1

Al menos no se siente el hedor todavía, pensó el Agente Especial Bill Jeffreys.

Todavía inclinado sobre el cuerpo, no pudo evitar detectar los primeros rastros del mismo. Se mezclaba con el olor fresco de los pinos y la neblina limpia del arroyo; debía ya estar acostumbrado al hedor de un cadáver. Pero nunca podría acostumbrarse a eso.

El cuerpo desnudo de la mujer había sido cuidadosamente dispuesto en una gran roca en el borde del arroyo. Estaba sentada, apoyada en otra roca, sus piernas rectas y abiertas, sus manos a los lados. Un extraño recodo en su brazo derecho surgiría un hueso roto. El pelo ondulado era obviamente una peluca raída, con tonalidades de rubio que no combinaban. Una sonrisa color rosada estaba pintada con lápiz labial sobre su boca.

El arma asesina todavía estaba firmemente alrededor de su cuello; había sido estrangulada con una cinta rosada. Una rosa roja artificial estaba colocada sobre la roca delante de ella, a sus pies.

Suavemente, Bill intentó levantar su mano izquierda. No se movió.

“Todavía está en rigor mortis”, le dijo Bill al Agente Spelbren, agachado en el otro lado del cadáver. “No tiene más de veinticuatro horas de muerta”.

“¿Qué le pasa a sus ojos?” preguntó Spelbren.

“Cosidos con hilo negro para mantenerlos abiertos”, respondió, sin molestarse en mirar de cerca.

Spelbren lo miró fijamente con incredulidad.

“Revísalo tú mismo”, dijo Bill.

Spelbren le miró los ojos.

“Dios”, murmuró en voz baja. Bill notó que no se asqueó. Bill apreciaba eso. Había trabajado con otros agentes de campo, algunos de ellos veteranos experimentados como Spelbren, que estarían vomitando ahora mismo.

Bill nunca había trabajado con él antes. Spelbren había sido llamado a este caso de una oficina de campo de Virginia. Había sido idea de Spelbren traer a alguien de la Unidad de Análisis de Conducta en Quántico. Por eso es que Bill estaba aquí.

Movida inteligente, pensó Bill.

Bill podía ver que Spelbren era unos años menor que él, pero, aun así, tenía una mirada desgastada que le gustaba bastante.

“Está usando lentes de contacto”, señaló Spelbren.

Bill miró más de cerca. Estaba en lo cierto. Un azul extraño y artificial lo hizo mirar al otro lado. Había un poco de frío en el arroyo a estas horas de la mañana pero, aun así, sus ojos se estaban aplanando en sus cuencas. Iba a ser difícil determinar la hora exacta del fallecimiento. Todo lo que Bill sabía era que el cuerpo había sido traído aquí en algún momento durante la noche y luego fue cuidadosamente posicionado.

Oyó una voz cerca.

“Malditos empleados federales”.

Bill miró a los tres policías locales, parados a unas pocas yardas de distancia. Estaban susurrando de forma inaudible ahora, así que Bill sabía que dijeron esas tres palabras más alto a propósito. Eran de Yarnell, un pueblo cercano, y claramente no estaban felices de tener el FBI aquí. Pensaban que podían manejar esto por su cuenta.

El jefe de guardabosques del Parque Estatal Mosby había pensado otra cosa. No estaba acostumbrado a nada peor que el vandalismo, la basura y la caza y la pesca ilegal, y él sabía que los lugareños de Yarnell no eran capaces de lidiar con esto.

Bill había hecho el viaje de centenares de millas en helicóptero, así que pudo llegar antes de que el cuerpo fuera movido. El piloto había seguido las coordenadas a un prado en una colina cercana,

donde el guardabosque y Spelbren lo habían recibido. El guardabosques los había llevado unas pocas millas por un camino de tierra en vehículo y, cuando se detuvieron, Bill pudo vislumbrar la escena del crimen desde la carretera. Quedaba a poca distancia del arroyo.

Los policías impacientes parados cerca de ellos ya habían examinado la escena. Bill sabía exactamente lo que estaban pensando. Querían resolver este caso por su cuenta; un par de agentes del FBI era lo último que querían ver.

Lo siento, pueblerinos, Bill pensó, *pero sus habilidades no son suficientes para esto*.

“El sheriff piensa que esto es tráfico”, dijo Spelbren. “No tiene razón”.

“¿Por qué dice eso?” preguntó Bill. Sabía la respuesta, pero quería tener una idea de cómo funcionaba la mente de Spelbren.

“Es treintañera, no tan joven”, dijo Spelbren. “Estrías, por lo que tuvo por lo menos un hijo. No el tipo que generalmente es traficado”.

“Tienes razón”, dijo Bill.

“Pero, ¿y la peluca?”

Bill negó con la cabeza.

“Su cabeza ha sido afeitada”, contestó, “así que la finalidad de la peluca no era para cambiar el color de su pelo”.

“¿Y la rosa?” preguntó Spelbren. “¿Un mensaje?”

Bill la examinó.

“Flor de tela barata”, contestó. “La clase que encontrarías en cualquier tienda de precios bajos. La rastreamos, pero no encontraremos nada”.

Spelbren lo miró, claramente impresionado.

Bill dudaba de que lo que encontrarán serviría de algo. El asesino era muy metódico, muy útil. Esta escena había sido preparada con cierto estilo enfermizo que lo enervaba.

Vio a los policías locales con ganas de acercarse. Se habían tomado fotos, y el cuerpo sería retirado en cualquier momento.

Bill suspiró, sintiendo la rigidez en sus piernas. Sus cuarenta años estaban empezando a ralentizarlo, por lo menos un poco.

“Ha sido torturada”, observó, exhalando tristemente. “Mira todas las cortadas. Algunas están empezando a cerrarse”. Él sacudió la cabeza. “Alguien la torturó por días antes de matarla con esa cinta”.

Spelbren suspiró.

“El perpetrador estaba cabreado por algo”, dijo Spelbren.

“Oye, ¿cuándo vamos a terminar?” gritó uno de los policías.

Bill miró en su dirección y los vio arrastrando sus pies. Los dos estaban quejándose en voz baja. Bill sabía que ya el trabajo estaba terminado, pero no dijo nada. Prefería mantener a esos tarados esperando y dudando.

Se volteó lentamente y analizó toda la escena. Era una zona boscosa y espesa, puros pinos y cedros y un montón de sotobosque, con el arroyo burbujeando en su forma bucólica y serena en camino hacia el río más cercano. Incluso ahora, en pleno verano, el día no se calentaría mucho más, así que el cuerpo no iba a pudrirse tan rápidamente. Aun así, lo mejor sería sacarlo de aquí y enviarlo a Quántico. Los examinadores allí querrían examinar cada centímetro mientras que todavía estaba razonablemente fresco. El carro del forense estaba parado en el camino de tierra detrás del carro de policía, esperando.

El camino no era nada más que pistas de neumático paralelas por el bosque. El asesino seguramente había conducido hasta aquí por el mismo. Había llevado el cuerpo la corta distancia a lo largo de un estrecho camino a este lugar, lo dispuso y luego se fue. No se quedó por mucho tiempo. A pesar de que la zona parecía apartada, los guardabosques patrullaban por aquí regularmente y

los carros privados no debían usar ese camino. Había querido que encontrarán el cuerpo. Estaba orgulloso de su trabajo.

Y *había sido* encontrado por un par de jinetes tempraneros. Turistas en caballos alquilados, el guardabosque le había dicho a Bill. Eran vacacionistas de Arlington, quedándose en un rancho falso en las afueras de Yarnell. El guardabosque había dicho que estaban un poco histéricos ahora. Les dijeron que no salieran de la ciudad, y Bill planeaba hablar con ellos más tarde.

Al parecer no había nada fuera de lugar en el área alrededor del cuerpo. El tipo había sido muy cuidadoso. Había arrastrado algo detrás de él cuando había regresado del arroyo, una pala tal vez, para ocultar sus propias huellas. Nada fue dejado intencionalmente, ni accidentalmente. Cualquier huella de neumático en la carretera probablemente había sido borrada por el carro de policía o el carro del forense.

Bill se suspiró a sí mismo.

Maldita sea, pensó. ¿Dónde está Riley cuando la necesito?

Su compañera desde hace mucho tiempo y su mejor amiga estaba de permiso involuntario, recuperándose del trauma de su último caso. Sí, había sido uno muy desagradable. Necesitaba el tiempo libre y, a decir verdad, podría no regresar jamás.

Pero realmente la necesitaba ahora. Era mucho más inteligente que Bill, y a él no le importaba admitirlo. Le encantaba ver su mente trabajar. La imaginaba analizando la escena minuciosamente, detalle por detalle. Ya estaría burlándose de él por todas las pistas dolorosamente evidentes que habían estado delante de sus ojos.

¿Qué vería Riley aquí que Bill no veía?

Se sintió perplejo, y no disfrutaba de esa sensación. Pero no había nada más que podría hacer al respecto ahora.

“Listo, muchachos”, Bill le dijo a los policías. “Pueden retirar el cadáver”.

Los policías se rieron y chocaron los cinco.

“¿Crees que lo hará de nuevo?” preguntó Spelbren.

“Estoy seguro que sí”, dijo Bill.

“¿Cómo lo sabes?”

Bill respiró profundamente.

“Porque he visto su trabajo antes”.

Capítulo 2

“Se puso peor para ella cada día”, dijo Sam Flores, colocando otra imagen horrible en la gran pantalla multimedia que se asomaba sobre la mesa de conferencias. “Hasta el momento en que la mató”.

Bill había supuesto eso, pero odiaba estar en lo cierto.

La Oficina había volado el cuerpo a la Unidad de Análisis de Conducta en Quántico, los técnicos forenses habían tomado fotos, y el laboratorio empezó todas las pruebas. Flores, un técnico de laboratorio con lentes negros, estaba presentando las diapositivas espeluznantes, y las pantallas gigantes fueron una presencia imponente en la sala de conferencias de la Unidad de Análisis de Conducta.

“¿Cuánto tiempo tenía de muerta antes de que se encontrara el cuerpo?” preguntó Bill.

“No mucho”, respondió. “Tal vez la noche anterior”.

Spelbren estaba sentado al lado de Bill, había volado a Quántico con él después de salir de Yarnell. En la cabecera de la mesa estaba sentado el Agente Especial Brent Meredith, el jefe de equipo. Meredith tenía una presencia intimidante por su gran contextura, sus rasgos negros y angulares y su rostro decidido. Bill no se sentía intimidado por él, ni siquiera un poco. Le gustaba pensar que tenían mucho en común. Ambos eran veteranos experimentados, y habían visto muchas cosas.

Flores colocó una serie de primeros planos de las heridas de la víctima.

“Las heridas a la izquierda fueron infligidas en el principio”, dijo. “Las de la derecha son más recientes, algunas infligidas horas o incluso minutos antes de que la estrangulara con la cinta. Parece haberse tornado progresivamente más violento durante el tiempo que la tuvo en cautiverio. Romper su brazo podría haber sido lo último que hizo mientras aún estaba viva”.

“Las heridas parecen la obra de un solo perpetrador para mí”, observó Meredith. “Juzgando por el nivel de agresión, probablemente masculino. ¿Qué más tienes?”

“Por el rastrojo en su cuero cabelludo, creemos que su cabeza fue afeitada dos días antes de su muerte”, Flores continuó. “La peluca fue cosida con pedazos de otras pelucas, todas baratas. Las lentes de contacto probablemente fueron pedidos por correo. Y una cosa más”, dijo, mirando las caras, vacilante. “La cubrió con vaselina”.

Bill podía sentir la tensión de la habitación aumentar.

“¿Vaselina?”, preguntó.

Flores asintió.

“¿Por qué?” preguntó Spelbren.

Flores se encogió de hombros.

“Ese es tu trabajo”, respondió.

Bill pensó en los dos turistas que había entrevistado ayer. No habían ayudado en lo absoluto, divididos entre la curiosidad morbosa y al borde del pánico por lo que habían visto. Estaban deseosos de regresar a Arlington y no había habido ninguna razón para detenerlos. Habían sido entrevistados por cada funcionario. Y se les había dicho que no dijeran nada sobre lo que habían visto.

Meredith exhaló y puso ambas palmas sobre la mesa.

“Buen trabajo, Flores”, dijo Meredith.

Flores parecía estar agradecido por los elogios, y tal vez un poco sorprendido. Brent Meredith no solía dar cumplidos.

“Ahora Agente Jeffreys”, Meredith se volteó hacia él, “infórmanos sobre cómo esto se relaciona esto con tu caso anterior”.

Bill respiró profundamente y se reclinó en el asiento.

“Hace un poco más de seis meses”, comenzó, “el dieciséis de diciembre, el cuerpo de Eileen Rogers fue encontrado en una granja cerca de Daggett. Me llamaron para que investigara, junto con mi compañera, Riley Paige. El clima era extremadamente frío, y el cuerpo estaba completamente congelado. Fue difícil descifrar cuánto tiempo llevaba allí, y la hora del fallecimiento nunca fue determinada con exactitud. Flores, muéstrales”.

Flores volvió a las diapositivas. La pantalla se dividió y, junto a las imágenes en la pantalla, apareció una nueva serie de imágenes. Las dos víctimas fueron exhibidas lado a lado. Bill jadeó. Era increíble. Aparte de la carne congelada de uno de los cuerpos, los cadáveres estaban en casi la misma condición, las heridas casi idénticas. Ambas mujeres tenían sus ojos cosidos para que se mantuvieran abiertos de la misma forma horrible.

Bill suspiró, las imágenes trajeron todo de vuelta. No importaba cuántos años llevaba en la fuerza, le dolía ver a cada víctima.

“El cuerpo de Rogers fue encontrado sentado en posición vertical contra un árbol”, Bill continuó, su voz más triste. “No estaba en una pose tan elaborada como la mujer que encontramos en el Parque Mosby. Nada de lentes de contacto ni vaselina, pero la mayoría de los otros detalles son iguales. El pelo de Rogers fue cortado, no afeitado, pero había una peluca similar toda cosida. También fue estrangulada con una cinta rosada, y una rosa falsa fue encontrada frente a ella.

Bill hizo una pausa por un momento. Odiaba lo que tenía que decir ahora.

“Paige y yo no pudimos resolver el caso”.

Spelbren se volvió hacia él.

“¿Cuál fue el problema?” preguntó.

“Todo fue un problema”. Bill respondió, innecesariamente defensivo. “No tuvimos nada con qué empezar. No había testigos; la familia de la víctima no nos dio ninguna información útil; Rogers no tenía enemigos, ningún ex-marido, ningún novio enojado. No había ni una sola buena razón para que fuera perseguida y asesinada. El caso se enfrió inmediatamente”.

Bill se quedó en silencio. Pensamientos oscuros inundaron su cerebro.

“No lo hagas”, Meredith dijo en un tono muy suave. “No es tu culpa. No pudiste haber detenido este nuevo asesinato”.

Bill agradeció su bondad, pero se sentía muy culpable. ¿Por qué no pudo haberlo resuelto antes? ¿Por qué tampoco pudo Riley? Nunca se había sentido tan perplejo en toda su carrera.

En ese momento, sonó el teléfono de Meredith y el jefe tomó la llamada.

Casi lo primero que dijo fue, “Mierda”.

Lo repitió varias veces. Luego dijo: “¿Seguro que es ella?” Hizo una pausa. “¿Hubo algún contacto para pedir rescate?”

Se levantó de su silla y salió de la sala de conferencias, dejando a los otros tres hombres sentados perplejos. Volvió después de unos minutos. Se veía mayor.

“Caballeros, ahora estamos en modo de crisis”, anunció. “Acabamos de obtener una identificación positiva de la víctima de ayer. Su nombre era Reba Frye”.

Bill jadeó como si hubiera sido golpeado en el estómago; también podía ver el shock de Spelbren. Pero Flores se veía confundido.

“¿Debería saber quién es?” preguntó Flores.

“Su apellido de soltera es Newbrough”, explicó Meredith. “La hija del Senador Estatal Mitch Newbrough, probablemente el próximo gobernador de Virginia”.

Flores exhaló.

“No había escuchado que había desaparecido”, dijo Spelbren.

“No fue divulgado oficialmente”, dijo Meredith. “Su padre ya fue contactado. Y, *por supuesto*, piensa que es político, personal o ambos. Sin importar que lo mismo le sucedió a otra víctima hace seis meses”.

Meredith sacudió la cabeza.

“El Senador se está apoyando fuertemente en esto”, añadió. “Una avalancha de prensa está a punto de golpearlos. Se asegurará de que sea así, para exigirnos resultados”.

El corazón de Bill se hundió. Odiaba la sensación como si esto superaba sus habilidades. Pero así exactamente se sentía ahora.

Un sombrío silencio cayó sobre la habitación.

Finalmente, Bill se aclaró la garganta.

“Vamos a necesitar ayuda”, dijo.

Meredith se volvió hacia él, y Bill se encontró con su mirada endurecida. De repente, el rostro de Meredith se llenó de preocupación y desaprobación. Claramente sabía lo que Bill estaba pensando.

“No está lista”, respondió Meredith, sabiendo claramente que Bill quería traerla de vuelta.

Bill suspiró.

“Señor”, respondió, “conoce el caso mejor que nadie. Y no hay nadie más inteligente”.

Después de otra pausa, Bill dijo lo que realmente estaba pensando.

“No creo que lo podemos hacer sin ella”.

Meredith golpeó su lápiz contra una libreta de papel unas cuantas veces, claramente deseando estar en cualquier otra parte.

“Es un error”, dijo. “Pero si ella se cae a pedazos, es *tu* error”. Exhaló de nuevo. “Llámala”.

Capítulo 3

La adolescente que abrió la puerta parecía como si pudiera cerrarla en la cara de Bill. En cambio, se dio la vuelta y se alejó sin decir una palabra, dejando la puerta abierta.

Bill entró.

“Hola, April”, dijo automáticamente.

La hija de Riley, una chica taciturna y desgarbada de catorce años de edad, con el cabello oscuro y los ojos color avellana de su madre, no respondió. Vestida sólo con una camiseta demasiado grande, su pelo un desastre, April cruzó en una esquina y se acostó en el sofá, muerta ante todo excepto sus auriculares y teléfono celular.

Bill estaba parado allí torpemente, no estaba seguro que hacer. Cuando llamó a Riley, había accedido a su visita, aunque a regañadientes. ¿Había cambiado de parecer?

Bill miró alrededor mientras caminaba por la casa oscura. Caminó a través de la sala de estar y vio que todo estaba limpio y en su lugar, lo que era característico de Riley. Sin embargo, también notó que las persianas estaban cerradas y que había un poco de polvo en los muebles, lo que no se parecía a ella en lo absoluto. En una estantería, vio una fila de nuevos libros brillantes de suspenso que le había comprado durante su permiso, con la esperanza de que la distraerían de sus problemas. Ninguno parecía haber sido abierto.

La sensación de temor de Bill aumentó. Esta no era la Riley que conocía. ¿Tenía razón Meredith? ¿Necesitaba más tiempo de permiso? ¿Hacía las cosas mal por buscarla antes de que estuviera preparada?

Bill se preparó y siguió caminando por la casa oscura y, al cruzar en una esquina, encontró a Riley, sola en la cocina, sentada en la mesa de formica en su bata y pantuflas, una taza de café delante de ella. Lo miró y vio un destello de vergüenza, como si había olvidado que él iba a venir. Pero lo ocultó rápidamente con una débil sonrisa y se puso de pie.

Dio un paso hacia adelante y la abrazó, y le devolvió el abrazo débilmente. En sus pantuflas, ella era un poco más baja que él. Se había puesto flaca, muy flaca, y su preocupación creció.

Se sentó en la mesa frente a ella y la estudió. Su cabello estaba limpio, pero no estaba peinado, y parecía como si había estado usando esas pantuflas por días. Su rostro parecía demacrado, muy pálido, y mucho, mucho mayor desde que la había visto por última vez cinco semanas atrás. Parecía que la estaba pasando mal. Tendría que estar pasándolo mal. Trató de no pensar acerca de lo que el último asesino le había hecho.

Ella evitó su mirada, y ambos se quedaron sentados allí en silencio. Bill había estado tan seguro que sabría exactamente qué decirle para animarla; pero mientras estaba sentado allí, se sintió consumido por su tristeza, y perdió todas sus palabras. Quería verla con un aspecto más robusto, como era antes.

Rápidamente escondió el sobre con los archivos sobre el nuevo caso de asesinato en el piso al lado de su silla. No estaba seguro de que debía mostrárselos ahora. Él estaba empezando a sentirse más seguro de que había cometido un error al venir aquí. Definitivamente necesitaba más tiempo. De hecho, verla así como estaba, hizo que se sintiera inseguro por primera vez si su pareja desde hace mucho tiempo volvería.

“¿Café?”, preguntó. Podía sentir su incomodidad.

Sacudió la cabeza. Se veía que estaba muy frágil. Cuando la había visitado en el hospital y aún después de que se fuera a casa, se había sentido asustado por ella. Se había preguntado si se recuperaría por completo del dolor y el terror que había soportado, de lo más profundo de su oscuridad. Era tan diferente a lo que solía ser; parecía invencible con todos los otros casos. Algo sobre este último caso, este último asesino, fue diferente. Bill podía entenderlo: el hombre había sido el psicópata más retorcido que jamás había conocido, y esto ya era decir mucho.

Mientras la estudiaba, se le ocurrió algo más. Se veía realmente de su edad. Tenía cuarenta años, la misma edad que él, pero cuando estaba trabajando, animada y concentrada, siempre parecía ser varios años menor. Se empezaban a notar destellos de gris en su cabello oscuro. Bueno, su pelo también estaba empezando a mostrar canas.

Riley llamó a su hija, “¡April!”

No respondió. Riley llamó su nombre varias veces, más fuerte cada vez, hasta que finalmente respondió.

“¿Qué?” respondió April desde la sala de estar, sonando completamente molesta.

“¿A qué hora es tu clase hoy?”

“Sabes la hora”.

“Sólo dime, ¿está bien?”

“Ocho y media”.

Riley frunció el ceño y se veía molesta también. Miró a Bill.

“Reprobó Inglés. Falta a muchas clases. Estoy tratando de ayudarla a salir de eso”.

Bill negó con la cabeza, entendiendo. Ser agente cobraba un precio demasiado alto y sus familias eran las víctimas más grandes.

“Lo siento”, dijo.

Riley se encogió de hombros.

“Tiene catorce años. Me odia”.

“Eso no es bueno”.

“Odiaba a todo el mundo cuando tenía catorce años”, respondió. “¿Tú no?”

Bill no respondió. Era difícil imaginar a Riley odiando a todo el mundo.

“Espera a que tus chicos tengan esa edad”, dijo Riley. “¿Cuántos años tienen ahora? Se me olvida”.

“Ocho y diez”, Bill respondió, luego sonrió. “Como van las cosas con Maggie, no sé si aún estaré en sus vidas cuando lleguen a la edad de April”.

Riley inclinó su cabeza y lo miró con preocupación. Extrañaba esa mirada.

“¿Tan mal entonces?”, dijo.

Alejó la mirada, no queriendo pensar en eso.

Los dos se quedaron callados por un momento.

“¿Qué es lo que escondes en el piso?” preguntó.

Bill miró hacia abajo y luego hacia arriba y sonrió; incluso en su estado, nunca se perdía de nada.

“No estoy escondiendo nada”, dijo Bill, recogiendo el sobre y colocándolo sobre la mesa. “Solo algo de lo que me gustaría hablarte”.

Riley sonrió. Era obvio que sabía perfectamente la razón por la cual estaba aquí.

“Muéstrame”, dijo y luego agregó, mirando nerviosamente a April, “Vamos al patio. No quiero que ella lo vea”.

Riley se quitó sus pantuflas y caminó por el patio trasero descalza por delante de Bill. Se sentaron en una mesa de picnic de madera desgastada que había estado allí desde mucho antes de que Riley se mudara aquí, y Bill miró alrededor del patio pequeño con su único árbol. Había bosques en todos los lados. Le hizo olvidar que estaba incluso cerca de una ciudad.

Demasiado aislado, pensó.

Nunca había sentido que este lugar era adecuado para Riley. La pequeña casa de estilo de rancho quedaba a quince millas de la ciudad, estaba deteriorada y era muy común. Quedaba justo al lado de una carretera secundaria, con nada más que bosques y pastos a la vista. No que jamás había pensado que la vida suburbana era adecuada para ella tampoco. Le costaba pensar en ella siendo la anfitriona de fiestas cóctel. Al menos podía manejar a Fredericksburg y tomar el Amtrak a Quántico cuando regresara a trabajar. Cuando aún *podía* trabajar.

“Muéstrame lo que tienes”, dijo.

Separó los informes y las fotografías en la mesa.

“¿Recuerdas el caso Daggett?” preguntó. “Tenías razón. El asesino no había terminado”.

Vio sus ojos abrirse mientras examinaba las fotos. Un largo silencio cayó mientras estudiaba los archivos intensamente, y se preguntaba si esto podría ser lo que necesitaba para volver, o si retrasaría su progreso.

¿Qué te parece?” preguntó finalmente.

Otro silencio. Todavía no levantó la mirada del archivo.

Finalmente levantó la mirada y, cuando lo hizo, se sorprendió al ver lágrimas en sus ojos. Nunca la había visto llorar, ni en los peores casos, cerca de un cadáver. Definitivamente esta no era la Riley que conocía. Ese asesino le había hecho algo, más que lo que él sabía.

Ahogó un sollozo.

“Tengo miedo, Bill”, dijo. “Tengo mucho miedo. Todo el tiempo. De todo”.

Bill sintió su corazón hundirse al verla así. Se preguntó a dónde se había ido la Riley de antes, la única persona en la que siempre podría confiar ser más fuerte que él, la roca a la que siempre podía acudir cuando tenía problemas. La echaba de menos.

“Está *muerto*, Riley”, dijo en el tono más seguro que pudo. “Ya no puede lastimarte”.

Negó con la cabeza.

“No sabes eso”.

“Sí lo sé”, respondió. “Encontraron su cuerpo después de la explosión”.

“No pudieron identificarlo”, dijo.

“Sabes que era él”.

Su cara se cayó hacia adelante y la cubrió con una mano mientras lloraba. Tomó su otra mano.

“Este es un nuevo caso”, dijo. “No tiene nada que ver con lo que te sucedió”.

Negó con la cabeza.

“No importa”.

Lentamente, mientras lloraba, subió la mano y le entregó el archivo, alejando la mirada.

“Lo siento”, dijo, mirando hacia abajo, sosteniéndolo con una mano temblorosa. “Creo que debes irte”, añadió.

Bill, sorprendido y triste, tomó nuevamente el archivo. Jamás en un millón de años habría esperado este resultado.

Bill se quedó sentado allí por un momento, luchando contra sus propias lágrimas. Finalmente, le dio unas palmaditas suaves a su mano, se levantó de la mesa y caminó por la casa. April todavía estaba sentada en la sala de estar, sus ojos cerrados, su cabeza moviéndose al ritmo de la música.

*

Riley se quedó llorando sola en la mesa de picnic, después de que Bill se fuera.

Pensé que estaba bien, pensó.

Y realmente quería estar bien para Bill. Y pensó que realmente podía hacerlo. Sentada en la cocina hablando de trivialidades había estado bien. Luego habían salido y cuando vio el archivo, había pensado que estaría bien, también. Mejor que bien, realmente. Estaba siendo atrapada por él. Fue reavivado su deseo de trabajar, quería volver al campo. Estaba dividiendo todo en compartimentos, por supuesto, pensando en esos asesinatos casi idénticos como un rompecabezas a resolver, casi abstracto, un juego intelectual. Eso también estuvo bien. Su terapeuta le había dicho que tendría que hacer eso si tenía la esperanza de volver al trabajo.

Pero luego, por alguna razón, el rompecabezas intelectual se convirtió en lo que realmente era: una monstruosa tragedia humana en la que dos mujeres inocentes habían muerto en la agonía de dolor y terror inconmensurable. Y de repente se preguntó: *¿Fue tan malo para ellas como lo fue para mí?*

Su cuerpo ahora estaba inundado de pánico y miedo. Y de vergüenza y pena. Bill era su compañero y su mejor amigo. Ella le debía tanto. Había estado a su lado durante las últimas semanas cuándo nadie más lo había hecho. No podía haber sobrevivido su tiempo en el hospital sin él. Lo último que quería era que la viera reducida a un estado de indefensión.

Oyó a April gritar desde la puerta trasera.

“Mamá, tenemos que comer ahora o llegaré tarde”.

Sintió ganas de gritar, “*¡Prepárate tu propio desayuno!*”

Pero no lo hizo. Ya estaba bastante agotada de sus peleas con April. Había renunciado a pelear.

Se levantó de la mesa y caminó hacia la cocina. Jaló una toalla de papel del rollo y lo utilizó para limpiar sus lágrimas y sonarse la nariz, y luego se preparó para cocinar. Trató de recordar las palabras de su terapeuta: *Incluso realizar las tareas rutinarias tomará un gran esfuerzo consciente, al menos por un tiempo.* Tuvo que conformarse con hacer las cosas poco a poco.

Primero era sacar las cosas del refrigerador, el cartón de huevos, el tocino, la mantequilla, la mermelada, porque a April le gustaba la mermelada. Y así fue hasta que colocaba seis tiras de tocino en un sartén en la cocina, y luego prendió la estufa debajo del sartén.

Se tambaleó hacia atrás al ver las llamas amarillas y azules. Cerró sus ojos, y todo vino a ella.

Riley estaba en un pequeño sótano de poca altura debajo de una casa, en una pequeña jaula improvisada. La antorcha de propano era la única luz que vio. El resto del tiempo transcurrió en completa oscuridad. El piso del sótano de poca altura era de tierra. Los tablones encima de ella eran tan bajos que apenas podía agacharse.

La oscuridad era total, incluso cuando él abría una pequeña puerta y se deslizaba en el sótano de poca altura con ella. No podía verlo, pero podía oír su respiración y sus gruñidos. Él abría la jaula y se metía adentro.

Y entonces encendía esa antorcha. Podía ver su rostro cruel y feo por la luz. Se burlaba de ella con un plato de comida miserable. Si trataba de alcanzarlo, le empujaba la llama hacia ella. No podía comer sin quemarse...

Abrió los ojos. Las imágenes eran menos intensas con los ojos abiertos, pero no podía sacudir los recuerdos. Continuó haciendo el desayuno como un robot, su cuerpo entero lleno de adrenalina. Apenas estaba poniendo la mesa cuando la voz de su hija gritó otra vez.

“Mamá, ¿cuánto falta?”

Saltó, y el plato se resbaló de su mano y cayó al suelo, rompiéndose.

“¿Qué pasó?” April gritó, apareciendo a su lado.

“Nada”, dijo Riley.

Limpio el desorden, y ella y April se sentaron a comer juntas, la hostilidad silenciosa era palpable, como de costumbre. Riley quería terminar el ciclo, poder acercarse a April, decirle, *April, soy yo, tu mamá, y te amo.* Pero lo había intentado demasiadas veces, y sólo empeoró las cosas. Su hija la odiaba, y no podía entender el por qué, o cómo terminarlo.

“¿Qué vas a hacer hoy?” le preguntó a April.

“¿Qué crees?” April dijo con desdén. “Ir a clase”.

“Quiero decir después de eso”, dijo Riley, manteniendo su voz calmada y compasiva. “Soy tu mamá. Quiero saberlo. Es normal”.

“Nada en nuestra vida es normal”.

Comieron en silencio por unos momentos.

“Nunca me dices nada”, dijo Riley.

“Tú tampoco”.

Eso detuvo cualquier esperanza de que conversaran de una vez por todas.

Eso es justo, Riley pensó amargamente. Es más cierto de lo que incluso sabía April. Riley nunca le había hablado de su trabajo, de sus casos; nunca le había hablado sobre su cautiverio o su tiempo en el hospital, o por qué ahora estaba “de vacaciones”. Todo lo que April sabía fue que tuvo que vivir con su padre durante la mayor parte de ese tiempo, y ella lo odiaba más que a Riley. Pero aunque tenía muchas ganas de contárselo, Riley pensaba que era mejor que April no tuviera idea de lo que su madre había vivido.

Riley se vistió y llevó a April a la escuela, y no se hablaron en el camino. Cuando April se bajó del carro, le dijo, “Nos vemos a las diez”.

April se despidió con la mano mientras se alejaba.

Riley condujo a una cafetería cercana. Se había convertido en una rutina para ella. Era difícil para ella pasar tiempo en un lugar público, y sabía que era exactamente la razón por la cual tenía que hacerlo. La cafetería era pequeña y nunca estaba llena, incluso en las mañanas como esta, por lo que no le resultaba amenazadora.

Mientras se sentaba allí, disfrutando de un cappuccino, recordó la súplica de Bill de nuevo. Había pasado seis semanas, maldita sea. Esto tenía que cambiar. *Ella* tenía que cambiar. No sabía cómo iba a hacerlo.

Pero se estaba formando una idea. Sabía exactamente lo que necesitaba hacer primero.

Capítulo 4

La llama blanca de la antorcha de propano se movía frente a Riley. Tenía que moverse hacia atrás y hacia adelante para evitar quemarse. El brillo la cegaba a todo lo demás y ni siquiera podía ver la cara de su captor ahora. Mientras la antorcha se movía, parecía dejar rastros persistentes en el aire.

“¡Basta!” gritó. “¡Basta!”

Su voz estaba ronca de tanto gritar. Se preguntaba por qué perdía el tiempo. Sabía que no dejaría de atormentarla hasta que estuviera muerta.

Luego, levantó una bocina de aire y la sopló en su oído.

Sonó la bocina de un carro. Riley volvió de nuevo al presente y vio que la luz en la intersección se acababa de poner verde. Había una fila de conductores detrás de su vehículo, así que pisó el acelerador.

Riley, palmas sudorosas, alejó la memoria y se recordó a sí misma donde estaba. Iba a visitar a Marie Sayles, la otra superviviente del sadismo atroz de su casi-asesino. Se reprendió a sí misma por permitir que el flashback la abrumara. Había logrado mantener su mente enfocada en conducir durante una hora y media ahora, y había pensado que lo estaba haciendo bien.

Riley condujo a Georgetown, pasando casas exclusivas victorianas y se estacionó en la dirección que Marie le había dado por teléfono, una casa de ladrillos rojos con un hermoso ventanal. Se quedó sentada en el carro por un momento, debatiendo si debía bajarse y tratando de reunir el coraje.

Finalmente se bajó del carro. Mientras subía los escalones, se alegró en ver a Marie esperándola en la puerta. Sombriamente, pero elegantemente vestida, Marie sonrió lánguidamente. Su rostro parecía cansado y exhausto. Por los círculos bajo sus ojos, Riley estaba bastante segura de que había estado llorando. Eso no la sorprendió en lo absoluto. Ella y Marie se habían visto bastante durante sus semanas de videoconferencias, y había poco que podían ocultarse.

Cuando se abrazaron, Riley notó que Marie no era tan alta y robusta como había esperado que fuera. Incluso en tacones, Marie era más baja que Riley, su cuerpo pequeño y delicado. Eso sorprendió a Riley. Ella y Marie habían hablado mucho, pero esta fue la primera vez que se conocían en persona. La pequeña figura de Marie la hizo parecer más valiente por haber sobrevivido.

Riley analizó todo el entorno mientras caminaban al comedor. El lugar estaba impecablemente limpio y amueblado con buen gusto. Normalmente sería una casa alegre para una mujer exitosa. Pero Marie tenía cerradas todas las cortinas y las luces bajas. El ambiente era opresivo. Riley no quería admitirlo, pero le recordaba a su propia casa.

Marie tenía un ligero almuerzo preparado en la mesa del comedor, y ella y Riley se sentaron a comer. Se sentaron en un silencio incómodo, Riley sudando sin saber la razón. Ver a Marie trajo todos los recuerdos de vuelta.

“Bueno... ¿cómo se sintió?” Marie preguntó tentativamente. “¿Salir al mundo?”

Riley sonrió. Marie sabía mejor que nadie lo tanto que le costó el viaje de hoy.

“Bastante bien”, dijo Riley. “En realidad, *muy* bien. Sólo tuve un mal momento”.

Marie asintió, comprendiendo claramente.

“Bueno, lo lograste”, dijo Marie. “Y eso fue valiente”.

Valiente, pensó Riley. Así no es como se hubiese descrito a sí misma. Una vez, tal vez, cuando era una agente activa. ¿Nunca se describiría a sí misma de esa manera otra vez?

“¿Y tú?” preguntó Riley. “¿Sales mucho?”

Marie quedó en silencio.

“No sales de la casa, ¿cierto?” preguntó Riley.

Marie negó con la cabeza.

Riley se acercó y sostuvo su muñeca en un agarre compasivo.

“Marie, tienes que intentarlo”, instó. “Si te dejas quedarte atrapada aquí así como ahora, es como si todavía fueras su prisionera”.

Un sollozo ahogado salió de la garganta de Marie.

“Lo siento”, dijo Riley.

“Está bien. Tienes razón”.

Riley observó a Marie mientras comían un momento y un largo silencio descendió. Quería pensar que a Marie le estaba yendo bien, pero tenía que admitir que se veía alarmantemente débil. Le hizo temer por sí misma, también. ¿Tan mal se veía entonces?

Riley se preguntó en silencio si era bueno que Marie estuviera viviendo sola. ¿Estaría mejor con un esposo o un novio? se preguntó. Entonces se preguntó lo mismo acerca de sí misma. Sin embargo, sabía que probablemente la respuesta para ambas era no. Ninguna de ellas estaba en un buen estado de ánimo emocional para tener una relación sostenida. Sería sólo una muleta.

“¿Alguna vez te he dado las gracias?” Marie le preguntó después de un tiempo, rompiendo el silencio.

Riley sonrió. Sabía perfectamente que Marie lo decía por el hecho de que Riley la había rescatado.

“Muchas veces”, dijo Riley. “Y no necesitas hacerlo. Realmente no tienes que hacerlo”.

Marie jugó con la comida en su plato con un tenedor.

“¿Alguna vez te dije que lo siento?”

Riley estaba sorprendida. “¿Lo siento? ¿Por qué?”

Marie habló con dificultad.

“Si no me hubieras sacado de allí, no te hubiera atrapado”.

Riley apretó suavemente la mano de Marie.

“Marie, solo estaba cumpliendo con mi trabajo. No puedes sentirte culpable por algo que no fue tu culpa. Ya estás lidiando con mucho”.

Marie asintió con la cabeza, reconociendo que tenía razón.

“Levantarme de la cama todos los días es un desafío”, admitió. “Supongo que notaste lo oscura que está la casa. Cualquier luz brillante me recuerda a su antorcha. No puedo ni siquiera ver televisión, ni escuchar música. Tengo miedo de que alguien pueda cogerme por sorpresa. Cualquier ruido me hace sentir pánico”.

Marie comenzó a llorar silenciosamente.

“Nunca miraré el mundo de la misma manera. Nunca. Hay mucha maldad. No tenía ni idea de esto. Las personas son capaces de cosas tan horribles. No sé cómo confiaré en las personas otra vez”.

Mientras Marie lloraba, Riley quería tranquilizarla, decirle que estaba equivocada. Pero una parte de Riley no estaba tan segura que lo estaba.

Finalmente, Marie la miró.

“¿Por qué viniste aquí hoy?” le preguntó sin rodeos.

Riley se sorprendió por la franqueza de Marie, y por el hecho de que ella realmente no se conocía a sí misma.

“No lo sé”, dijo. “Sólo quería visitarte. Ver como estabas”.

“Hay algo más”, dijo Marie, entrecerrando sus ojos con una sensación misteriosa.

Quizás tenía razón, pensó Riley. Se acordó de la visita de Bill, y se dio cuenta de que ella, de hecho, había venido por el nuevo caso. ¿Qué era lo que quería de Marie? ¿Asesoramiento? ¿Permiso? ¿Ánimo? ¿Consuelo? Una parte de ella quería que Marie le dijera que estaba loca, así podría estar tranquila y olvidarse de Bill. Pero tal vez otra parte de ella quería que Marie la animara a hacerlo.

Finalmente, Riley suspiró.

“Hay un nuevo caso”, dijo. “Bueno, no un *nuevo* caso. Pero un viejo caso que nunca fue resuelto”.

La expresión de Marie se volvió tensa y seria.

Riley tragó.

“¿Y has venido a preguntarme si debes hacerlo?” preguntó Marie.

Riley se encogió de hombros. Pero también miró hacia arriba y buscó en los ojos de Marie ánimo y consuelo. Y en ese momento se dio cuenta que esa era exactamente la razón por la cual había venido.

Pero, para su decepción, Marie bajó los ojos y sacudió lentamente la cabeza. Riley siguió esperando una respuesta, pero en su lugar hubo un silencio interminable. Riley sintió que Marie estaba sintiendo algún miedo especial en estos momentos.

En el silencio, Riley miró por todo el apartamento, y sus ojos cayeron sobre el teléfono fijo de Marie. Se sorprendió al ver que estaba desconectado de la pared.

“¿Qué le pasa a tu teléfono?” preguntó Riley.

Marie se veía muy afectada, y Riley se dio cuenta de que había dado en un nervio.

“Me sigue llamando”, dijo Marie, en un susurro casi inaudible.

“¿Quién?”

“Peterson”.

El corazón de Riley latió con fuerza.

“Peterson está muerto”, respondió Riley, su voz temblorosa. “Incendí el lugar. Encontraron su cuerpo”.

Marie negó con la cabeza.

“Podría haber sido cualquier persona la que encontraron. No era él”.

Riley sintió pánico. Sus propios temores volvieron.

“Todo el mundo dice que fue él”, dijo Riley.

“¿Y realmente crees eso?”

Riley no sabía qué decir. Ahora no era el momento de confesar sus propios temores. Después de todo, Marie probablemente estaba delirando. Pero, ¿cómo podría Riley convencerla de algo que ella no creía completamente?

“Sigue llamando”, dijo Marie otra vez. “Llama, respira y cuelga. Sé que es él. Está vivo. Todavía está acechándome”.

Riley sintió terror.

“Probablemente es sólo una persona obscena”, dijo, pretendiendo estar calmada. “Pero puedo hacer que la Oficina lo compruebe. Puedo hacer que envíen un carro de vigilancia si estás asustada. Ellos rastrearán las llamadas”.

“¡No!” Marie dijo bruscamente. “¡No!”

Riley la miró, perpleja.

“¿Por qué no?” preguntó.

“No quiero enojarlo”, dijo Marie en un lloriqueo patético.

Riley, abrumada, sintiendo que se acercaba un ataque de pánico, de repente se dio cuenta que había sido una terrible idea venir aquí. En todo caso, se sentía peor. Sabía que no podría sentarse en este comedor opresivo un momento más.

“Tengo que irme”, dijo Riley. “Lo siento. Mi hija me está esperando”.

Marie agarró la muñeca de Riley con sorprendente fuerza, cavando sus uñas en su piel.

Sostuvo la mirada, sus ojos azules helados tan intensos que aterrizaraban a Riley. Esa mirada inquietante quemó su alma.

“Toma el caso”, instó Marie.

Riley podría ver en sus ojos que Marie estaba confundiendo el nuevo caso con Peterson, volviéndolos uno.

“Encuentra a ese hijo de puta”, añadió. “Y mávalo por mí”.

Capítulo 5

El hombre mantuvo una distancia corta pero discreta de la mujer, mirándola sólo fugazmente. Colocó algunos artículos en su cesta para que pareciera otro comprador más. Se felicitó a sí mismo por lo discreto que podía ser. Nadie adivinaría su verdadero poder.

Pero claro, nunca había sido el tipo de hombre que atraía mucha atención. De niño, se sintió prácticamente invisible. Ahora, por fin, podía convertir su inocuidad en su ventaja.

Justo hace un momento, había estado justo a su lado, a unos pies de distancia. Enfocada en elegir su champú, no lo notó en lo absoluto.

Él sabía mucho sobre ella, sin embargo. Sabía que su nombre era Cindy; que su esposo era propietario de una galería de arte; que trabajaba en una clínica médica gratuita. Hoy era uno de sus días libres. Ahora estaba en su celular hablando con alguien, su hermana, al parecer. Se reía de algo que la otra persona le estaba diciendo. Estaba lleno de ira, preguntándose si estaban riéndose de él, así como todas las chicas solían hacerlo. Su furia aumentó.

Cindy vestía pantalones cortos, una camiseta sin mangas y zapatos para correr. La había visto desde su carro, corriendo, y esperó hasta que terminara de correr y entrara en la tienda de comestibles. Conocía su rutina en un día no laborable como este. Llevaría las cosas a su casa y las guardaría, tomaría una ducha, y luego iría a reunirse con su marido para almorzar.

Su buena figura se debía a mucho ejercicio físico. No tenía más de treinta años, pero la piel alrededor de sus muslos ya no estaba tensa. Probablemente perdió mucho peso en un momento u otro, tal vez recientemente. Sin duda se sentía orgullosa de eso.

De repente, la mujer se dirigió a la caja registradora más cercana. Esto lo sorprendió. Había terminado las compras antes de lo habitual. Corrió para ponerse en la fila detrás de ella, casi empujando a otro cliente para hacerlo. Se reprendió a sí mismo en silencio por eso.

Mientras el cajero pasaba los artículos de la mujer, avanzó y se colocó muy cerca de ella, lo suficientemente cerca para oler su cuerpo, ahora sudoroso y picante después de correr. Era un olor que esperaba oler mucho, mucho más muy pronto. Pero el olor estaría mezclado con otro olor, uno que le fascinaba por su extrañeza y misterio.

El olor del dolor y terror.

Por un momento, el acechador se sentía eufórico, incluso agradablemente mareado, con gran impaciencia.

Después de pagar su comida, empujó su carrito hacia fuera a través de las puertas automáticas de cristal y al estacionamiento.

No sentía prisa ahora de pagar sus propios artículos. Él no tenía que seguirla a casa. Ya había estado ahí, había incluso estado dentro de su casa. Incluso había tocado su ropa. Retomaría su vigilia cuando estuviera libre del trabajo.

Falta poco, pensó. Muy poco.

*

Después de que Cindy MacKinnon se metió en su carro, se quedó sentada allí por un momento, sintiéndose sobresaltada sin saber el por qué. Recordó la extraña sensación que había tenido en el supermercado. Fue una sensación extraña e irracional de que alguien la estaba mirando. Pero era más que eso. Sólo le tomó unos instantes descifrar que era.

Finalmente, comprendió de era una sensación de que alguien había querido hacerle daño.

Tembló. Durante los últimos días, esa sensación había estado yendo y viniendo. Se reprendió a sí misma, segura de que no tenía razón.

Negó con la cabeza, eliminando los vestigios de esa sensación. Al encender su carro, se obligó a pensar en algo más, y sonrió por la conversación de teléfono celular que tuvo con su hermana, Becky. Esta tarde, Cindy le ayudaría con la fiesta de cumpleaños grande de su hija de tres años de edad, con todo incluyendo pastel y globos.

Sería un día hermoso, pensó.

Capítulo 6

Riley estaba sentada en la camioneta al lado de Bill mientras cambiaba la velocidad, empujando el vehículo con tracción en las cuatro ruedas de la Oficina más arriba en las colinas, y limpió sus palmas en sus pantalones. No sabía por qué estaba sudando, y no sabía cómo sentirse por estar aquí. Después de seis semanas fuera del trabajo, se sentía ajena a lo que su cuerpo le estaba diciendo. Estar de vuelta era surrealista.

Riley estaba perturbada por la incómoda tensión. Ella y Bill apenas habían hablado durante su hora de viaje. Su vieja camaradería, su alegría, su extraña relación—nada de eso estaba allí ahora. Riley se sentía bastante segura de que sabía la razón por la cual Bill estaba tan distante. No era por mala educación—era de preocupación. También parecía tener dudas sobre si ella debía estar de vuelta en el trabajo.

Condujeron hacia el Parque Estatal Mosby, donde Bill le había dicho que había visto a la víctima del asesinato más reciente. Mientras andaban, Riley absorbió la geografía a su alrededor y, poco a poco, volvió su viejo sentido de profesionalismo. Sabía que tenía que recuperarse.

Encuentra a ese hijo de puta y mátalos por mí.

Las palabras de Marie la torturaron, la impulsaron a seguir e hizo que su decisión fuera fácil.

Pero nada parecía tan sencillo ahora. Por un lado, no podía evitar preocuparse por April. Enviarla a casa de su padre no era lo ideal. Pero hoy era sábado y Riley no quiso esperar hasta el lunes para ver la escena del crimen.

El profundo silencio empezó a incrementar su ansiedad, y sintió desesperadamente la necesidad de hablar. Hurgando en su cerebro para encontrar algo que decir, finalmente, dijo:

“¿Así que vas a decirme lo que está sucediendo entre Maggie y tú?”

Bill se volvió hacia ella, una mirada sorprendida en su rostro, y no podía decir si era debido a que rompió el silencio, o por su pregunta contundente. Fuera lo que fuera, lamentó inmediatamente haberlo preguntado. Muchas personas decían que su franqueza podía ser desagradable. Nunca quería ser contundente, sólo que no tenía tiempo que perder.

Bill exhaló.

“Piensa que estoy teniendo una aventura”.

Riley sintió una sacudida de sorpresa.

“¿Qué?”

“Con mi trabajo”, dijo Bill riendo con un poco de amargura. “Piensa que estoy teniendo una aventura con mi trabajo. Piensa que amo *todo esto* más que a ella. Sigo diciéndole que es tonto. De todos modos, no puedo terminarlo exactamente, no puedo dejar de trabajar”.

Riley negó con la cabeza.

“Suena igual a Ryan. Se ponía muy celoso cuando todavía estábamos juntos”.

No le contó toda la verdad. Su ex marido no había estado celoso del trabajo de Riley. Había estado celoso de Bill. A menudo se preguntaba si Ryan podría haber tenido alguna razón para ello. A pesar de la incomodidad de hoy, se sentía demasiado bien estar cerca de Bill. ¿Era esa sensación exclusivamente profesional?

“Espero que no sea un viaje perdido”, dijo Bill. “La escena del crimen fue limpiada, sabes”.

“Lo sé. Sólo quiero ver el sitio. Las fotos e informes no son suficientes para mí”.

Riley estaba empezando a sentirse un poco mareado ahora. Estaba bastante segura que era la altitud mientras seguían subiendo. La anticipación también tenía que ver. Sus palmas todavía estaban sudando.

“¿Cuánto falta?” preguntó, mientras observaba el bosque volverse más grueso, el terreno más remoto.

“No mucho”.

Unos minutos más tarde, Bill cruzó en la carretera. El vehículo deambuló bruscamente a lo largo de la misma, luego pararon alrededor de un cuarto de milla en los densos bosques.

Apagó el vehículo, luego se volvió hacia Riley y la miró con preocupación.

“¿Segura que quieres hacer esto?” preguntó.

Sabía exactamente lo que lo preocupaba. Estaba asustado a que volviera a su cautiverio traumático. Sin importar que se trataba de un caso y un asesino totalmente diferente.

Ella asintió.

“Estoy segura”, dijo, no del todo convencida de que estaba diciendo la verdad.

Se salió del coche y siguió a Bill fuera de la carretera a un sendero estrecho por el bosque. Oía el gorgoteo de un arroyo cercano. A medida que la vegetación se volvía más gruesa, tuvo que empujarse por ramas bajas y pequeños erizos pegajosos empezaron a agruparse en sus pantalones. Le molestaba la idea de tener que quitárselos luego.

Por fin ella y Bill llegaron a la orilla del arroyo. Riley inmediatamente fue impresionada por lo encantador que era el lugar. La luz del sol por la tarde entraba por las hojas, dándole al arroyo luz caleidoscópica. El constante borboteo del arroyo era relajante. Era extraño pensar que esto era una escena de crimen espantosa.

“Fue encontrada aquí”, dijo Bill, llevándola a una roca amplia y nivelada.

Cuando llegaron allí, Riley se detuvo, miró a su alrededor y respiró profundamente. Sí, venir aquí había sido lo correcto. Estaba empezando a sentirlo.

“¿Las fotos?” preguntó Riley.

Se agachó al lado de Bill en la roca, y comenzaron a hojear una carpeta llena de fotografías tomadas poco después de que había sido encontrado el cuerpo de Reba Frye. Otra carpeta estaba llena de informes y fotos del asesinato que ella y Bill habían investigado hace seis meses—el que no pudieron resolver.

Esas fotos trajeron recuerdos vivientes del primer asesinato. La transportó a esa zona de granjas cerca de Daggett. Recordaba cómo Rogers había sido colocada de manera similar contra un árbol.

“Muy parecido a nuestro caso anterior”, Riley observó. “Ambas mujeres en sus treinta años, ambas con niños pequeños. Parece ser parte de su MO. Le gustan las madres. Necesitamos consultar los grupos de padres, saber si hubo alguna conexión entre las dos mujeres, o entre sus hijos”.

“Haré que alguien se encargue de eso”, dijo Bill. Estaba tomando notas.

Riley continuó estudiando los informes y las fotos, comparándolas con la escena real.

“El mismo método de estrangulamiento, con una cinta rosada”, señaló. “Otra peluca y el mismo tipo de rosa artificial delante del cuerpo.”

Riley sostuvo dos fotografías lado a lado.

“Ojos cosidos para mantenerlos abiertos, también”, ella dijo. “Si recuerdo bien, los técnicos descubrieron que los ojos de Rogers habían sido cosidos post mórtem. ¿Fue igual con Frye?”

“Sí. Supongo que quería que las observara incluso después de que estuvieran muertas”.

Riley sintió un cosquilleo repentino por su columna vertebral. Casi había olvidado esa sensación. La sentía cada vez que algo sobre un caso tenía sentido. No sabía si sentirse animada o aterrorizada.

“No”, dijo. “Eso no es. No le importaba si las mujeres lo vieran o no”.

“Entonces, ¿por qué lo hizo?”

Riley no respondió. Ideas comenzaban a entrar en su cerebro. Estaba entusiasmada. Pero no estaba lista para ponerlo en palabras, ni siquiera a ella misma.

Colocó pares de fotografías en la roca, señalándole detalles a Bill.

“No son exactamente iguales”, dijo. “El cuerpo no fue tan cuidadosamente escenificado en Daggett. Había intentado mover ese cadáver cuando ya estaba rígido. Mi conjetura es que esta vez la trajo aquí antes de que comenzara el rigor mortis. De lo contrario no pudiera haberla acomodado tan...”

Suprimió el deseo de terminar la frase con “bien”. Entonces se dio cuenta de que esa era exactamente la clase de palabra que habría utilizado cuando estaba en el trabajo antes de su captura y tortura. Sí, estaba volviendo a ser ella, y sintió la misma vieja obsesión creciendo dentro de ella. Muy pronto no habría vuelta atrás.

¿Pero eso era algo bueno o algo malo?

“¿Y qué le pasan a los ojos de Frye?” preguntó, señalando una foto. “Ese azul no parece real”.

“Lentes de contacto”, respondió Bill.

El cosquilleo en la columna de Riley se volvió más fuerte. El cadáver de Eileen Rogers no había tenido lentes de contacto. Era una diferencia importante.

“¿Y el brillo de su piel?” preguntó.

“Vaselina”, dijo Bill.

Otra diferencia importante. Sentía sus ideas acomodándose en un gran rompecabezas.

“¿Qué descubrieron los forenses sobre la peluca?” le preguntó a Bill.

“Nada todavía, salvo que fue reconstruida con pedazos de pelucas baratas”.

La emoción de Riley aumentó. Para el último asesinato, el asesino había usado una peluca sencilla y entera, no algo que reconstruyó con pedazos. Como la rosa, que había sido tan barata que los forenses no pudieron rastrearla. Riley sintió que el rompecabezas se estaba armando—no todo el rompecabezas, pero una gran parte de él.

“¿Qué piensan hacer los forenses sobre esta peluca?” preguntó.

“Lo mismo que la última vez—realizar una búsqueda de sus fibras, tratar de rastrearla en tiendas de pelo postizo”.

Sorprendida por la certeza en su propia voz, Riley dijo: “Están perdiendo su tiempo”.

Bill la miró, claramente lo tomó por sorpresa.

“¿Por qué?”

Sentía una impaciencia familiar con Bill, la se sentía cuando se encontraba unos pasos más adelante de él.

“Mira la imagen que está tratando de mostrarnos. Lentes de contacto azules para hacer que los ojos no parezcan reales. Párpados cosidos para que los ojos permanezcan abiertos. El cuerpo sentado, piernas abiertas de forma peculiar. Vaselina para que la piel parezca de plástico. Una peluca reconstruida de pedazos de pelucas pequeñas; no pelucas humanas, pelucas de *muñecas*. Quería que ambas víctimas parecieran *muñecas*, como *muñecas* desnudas en exhibición”.

“Dios”, dijo Bill, tomando notas febrilmente. “¿Por qué no vimos esto la vez pasada en Daggett?”

La respuesta le parecía tan obvia a Riley que sofocó un gemido impaciente.

“No era lo suficientemente bueno en ello todavía”, dijo ella. “Todavía estaba averiguando cómo enviar el mensaje. Está aprendiendo poco a poco”.

Bill levantó la mirada de su bloc de notas y sacudió la cabeza con admiración.

“Maldita sea, te he extrañado”.

Aunque apreciaba el piropo, Riley sabía que venía una realización aún más grande. Y por sus años de experiencia, sabía que no podía forzarla. Simplemente tenía que relajarse y dejar que llegara espontáneamente. Se agachó en la roca silenciosamente, esperando que pasara. Mientras esperaba, trataba de quitarse los erizos de sus pantalones.

Qué maldita molestia, pensó.

De repente sus ojos reposaron sobre la superficie de piedra bajo sus pies. Otros erizos pequeños, algunos de ellos enteros, otros rotos en fragmentos, yacían en medio de los erizos que se estaba quitando ahora.

“Bill”, dijo, su voz temblorosa con emoción, “¿estos erizos estaban aquí cuando encontraron el cadáver?”

Bill se encogió de hombros. “No lo sé”.

Sus manos temblando y sudando más que nunca, agarró un montón de fotos y hurgó a través de ellas hasta que encontró una vista frontal del cadáver. Allí, entre sus piernas extendidas, cerca de la rosa, estaba un grupo de pequeñas manchas. Eran los erizos, los erizos que acababa de encontrar. Pero nadie había pensado que eran importantes. Nadie había tomado la molestia de tomar una foto más nítida y más de cerca de ellos. Y nadie se había molestado en barrerlos cuando se limpió la escena del crimen.

Riley cerró los ojos, imaginándose todo. Se sintió mareada. Era una sensación que conocía muy bien—una sensación de caer en un abismo, en un terrible vacío, en la mente malvada del asesino. Estaba caminando en sus zapatos, en su experiencia. Era un lugar peligroso y aterrador. Pero era en donde pertenecía, por lo menos ahora. Lo aceptó completamente.

Sentía la confianza del asesino mientras arrastraba el cuerpo por el camino al arroyo, perfectamente segura de que no iban a atraparlo, no tenía prisa en lo absoluto. Podría haber estado tarareando o silbando. Sintió su paciencia, su arte y habilidad, mientras exhibía el cadáver en la roca.

Y pudo ver el espeluznante cuadro a través de sus ojos. Sentía su profunda satisfacción por un trabajo bien hecho, el mismo cálido sentimiento de satisfacción que siempre sentía cuando había resuelto un caso. Se había agachado sobre esta roca, haciendo una pausa por un momento, o durante el tiempo que quiso, admirando su propia obra.

Y mientras lo hizo, se había arrancado los erizos de los pantalones. Se tomó su tiempo. Él no se molestó en esperar hasta que se pudo ir libre y limpio. Y casi podía oírle diciendo en voz alta sus palabras exactas.

“Qué maldita molestia”.

Sí, incluso se había tomado el tiempo para arrancarse los erizos.

Riley abrió la boca y sus ojos se abrieron. Jugando con el erizo en su mano, observó lo pegajoso que era, y que sus espinas estaban lo suficientemente afilado para sacarle sangre.

“Reunir esos erizos”, ordenó. “Podríamos obtener un poco de ADN”.

Los ojos de Bill se ensancharon y extrajo inmediatamente una bolsa plástica y pinzas. Mientras trabajaba, su mente seguía andando.

“Hemos estado equivocados todo este tiempo”, dijo. “Este no es su segundo asesinato. Es su tercero”.

Bill se detuvo y miró hacia arriba, claramente aturdido.

“¿Cómo lo sabes?” preguntó Bill.

El cuerpo entero de Riley se tensó mientras intentó controlar sus temblores.

“Ya se ha vuelto demasiado bueno. Su aprendizaje terminó. Es un profesional ahora. Y apenas está empezando. Él *ama* su trabajo. No, esta es su tercera vez, por lo menos”.

La garganta de Riley se apretó y tragó duro.

“Y el próximo será muy pronto”.

Capítulo 7

Bill se encontró en un mar de ojos azules, ninguno de ellos reales. Generalmente no tenía pesadillas sobre sus casos, y no estaba teniendo una ahora—pero seguro que se sentía como una. Aquí en medio de la tienda de muñecas, pequeños ojos azules simplemente estaban por todas partes, todos ellos completamente abiertos y brillantes y alertas.

Los labios color rubí de las muñecas, la mayoría de ellos sonriendo, también eran inquietantes. También era el cuidadosamente peinado pelo artificial, tan rígido e inmóvil. Absorbiendo todos estos detalles, Bill se preguntaba ahora cómo pudo haber pasado por alto la intención del asesino, hacer que sus víctimas parecieran muñecas. Riley fue la que hizo esa conexión.

Gracias a Dios que está de vuelta, pensó.

Aun así, Bill no podía evitar preocuparse por ella. Había estado deslumbrado por su brillante trabajo en el Parque Mosby. Pero después, en camino a su casa, parecía agotada y desmoralizada. Apenas había dicho una palabra en todo el camino. Quizás había sido demasiado para ella.

Sin embargo, Bill deseaba que Riley estuviera aquí ahora mismo. Ella había decidido que sería mejor para ellos dividirse, cubrir más terreno más rápidamente. Le parecía que tenía razón. Le había pedido que cubriera las tiendas de muñecas en la zona, mientras que ella volvería a la escena del crimen que había cubierto hace seis meses.

Bill miró a su alrededor y, sintiéndose abrumado, se preguntó qué pensaría Riley sobre esta tienda. Fue la más elegante de las que había visitado hoy. Aquí en el borde de Circunvalación Capital, la tienda probablemente tenía un montón de compradores con clase de los ricos condados de Virginia del norte.

Caminó por la tienda y exploró. Una pequeña muñeca llamó su atención. Con su sonrisa ligeramente curvada y piel pálida, la recordaba especialmente de su última víctima. Aunque estaba completamente vestida con un vestido rosado con un montón de encaje en el cuello, puños y dobladillo, también estaba sentada en una posición inquietantemente similar.

De repente, Bill escuchó una voz a su derecha.

“Creo que está buscando en la sección equivocada”.

Bill se volvió y se encontró de frente a una mujer poco robusta con una cálida sonrisa. Algo sobre ella le dijo inmediatamente que estaba a cargo aquí.

“¿Por qué dice eso?” preguntó Bill.

La mujer se echó a reír.

“Porque no tiene hijas. Puedo notar cuando un hombre no tiene hijas. No me pregunte cómo, es sólo una especie de instinto, supongo”.

Bill se sorprendió por su perspicacia y estaba profundamente impresionado.

Le ofreció a Bill su mano.

“Ruth Behnke”, dijo.

Bill negó con la cabeza.

“Bill Jeffreys. Por lo visto es la dueña de esta tienda”.

Se echó a reír de nuevo.

“Veo que también tiene algún tipo de instinto”, dijo. “Mucho gusto. Pero *tiene* hijos varones, ¿cierto? Tres, supongo”.

Bill sonrió. Sus instintos eran bastante agudos. Bill pensó que ella y Riley se llevarían bien.

“Dos”, respondió. “Pero casi acierta”.

Se rio entre dientes.

“¿Cuántos años tienen?” preguntó.

“Ocho y diez”.

Miró el espacio.

“No creo que tengo mucho para ellos aquí. Ah, en realidad, tengo unos cuantos soldados de juguete pintorescos en el siguiente pasillo. Pero esa no es la clase de cosas que les gustan a los chicos ahora, ¿no? Puros videojuegos. Y violentos, de paso”.

“Me temo que sí”.

Ella entrecerró los ojos.

“No estás aquí para comprar una muñeca, ¿cierto?” preguntó.

Bill sonrió y negó con la cabeza.

“Sí que sabe”, contestó.

“Eres un policía, ¿tal vez?” preguntó.

Bill se rio silenciosamente y sacó su placa.

“No del todo, pero una buena suposición”.

“¡Ay, Dios!” dijo con preocupación. “¿Qué quiere el FBI con mi pequeña tienda? ¿Estoy en algún tipo de lista?”

“De una manera”, dijo Bill. “Pero no tiene nada de qué preocuparse. Su tienda salió en nuestra búsqueda de tiendas en esta zona que venden muñecas antiguas y coleccionables”.

De hecho, Bill no sabía exactamente *lo que* estaba buscando. Riley había sugerido que le echara un vistazo a un puñado de estos sitios, suponiendo que el asesino podría haber frecuentado en ellos—o al menos visitado uno en alguna ocasión. No sabía lo que ella esperaba. ¿Esperaba que el asesino estuviera aquí? ¿O que uno de los empleados hubiera conocido al asesino?

Era dudoso que lo habían hecho. Aunque lo hubieran hecho, era dudoso que lo hubieran reconocido como un asesino. Probablemente todos los hombres que entraban aquí, si los había, eran escalofriantes.

Es más probable que Riley estaba buscándolo para obtener más ideas sobre cómo era la mente del asesino, su forma de ver el mundo. Si era así, Bill suponía que se decepcionaría. Él simplemente no tenía su mente, ni el talento para caminar fácilmente en la mente de los asesinos.

Le pareció como si realmente estaba pescando. Había docenas de tiendas de muñecas en el radio en el que habían estado buscando. Mejor dejar que los forenses sigan localizando a los fabricantes de muñecas, pensó. Sin embargo, hasta el momento, no habían descubierto nada.

“Preguntaría qué tipo de caso es este”, dijo Ruth, “pero probablemente no debería”.

“No”, dijo Bill, “probablemente no debería”.

No que el caso era un secreto, no después que la gente del Senador Newbrough emitiera una nota de prensa sobre él. Los medios de comunicación ahora estaban saturados de noticias. Como de costumbre, la Oficina estaba recibiendo un montón de pistas erróneas por teléfono y había muchas teorías extrañas en internet. Todo esto se había convertido en un dolor de cabeza.

Pero, ¿por qué hablarle a la mujer de eso? Parecía tan agradable, su tienda tan sana e inocente, que Bill no quería molestarla con algo tan triste y chocante como un asesino en serie obsesionado con muñecas.

Aun así, había una cosa que quería saber.

“Dígame algo”, dijo Bill. “¿Cuántas ventas hace a adultos, me refiero a adultos sin niños?”

“Ah, esa es la mayor parte de mis ventas, en gran medida. A los coleccionistas”.

Bill estaba intrigado. No se hubiera imaginado eso.

“¿Por qué cree que es así?” preguntó.

La mujer sonrió con una sonrisa extraña y distante y habló en un tono suave.

“Porque las personas mueren, Bill Jeffreys”.

Ahora Bill estaba realmente asustado.

“¿Cómo?”, dijo.

“A medida que envejecemos, *perdemos* gente. Nuestros amigos y seres queridos mueren. Hacemos el luto. Las muñecas detienen el tiempo para nosotros. Nos hacen olvidar nuestro dolor. Nos dan consuelo. Mire a su alrededor. Tengo muñecas con más de un siglo de antigüedad, y algunas

que son casi nuevas. Con algunas, por lo menos, probablemente no puede notar la diferencia. Son eternas”.

Bill miró a su alrededor, sintiéndose intimidado por todos los ojos mirándolo fijamente de vuelta, preguntándose cuántas personas han muerto antes de estas muñecas. Se preguntaba lo que habían visto; amor, ira, odio, tristeza, violencia. Y todavía tenían esa mirada y esa expresión vacía. No tenían sentido para él.

La gente *debería* envejecer, pensó. Deberían volverse viejos y grises, como él, dado toda la oscuridad y el terror que había en el mundo. Teniendo en cuenta todo lo que había visto, sería un pecado si todavía se viera igual, pensó. Las escenas de crimen se habían asentado en él como un ser viviente, le había hecho no querer permanecer joven.

“Pero tampoco están vivas”, Bill dijo finalmente.

Su sonrisa se volvió agrisada, casi con lástima.

“¿Es realmente verdad eso, Bill? La mayoría de mis clientes no lo creen. Tampoco pienso que lo creo”.

Cayó un silencio extraño. La mujer lo rompió con una sonrisa. Le ofreció a Bill un pequeño folleto colorido con imágenes de muñecas por todas partes.

“Sucede que me dirijo a una próxima Convención en D.C. Quizás quiera ir, también”. Tal vez le dará algunas ideas de lo que sea que está buscando”.

Bill le agradeció y salió de la tienda, agradecido por el dato acerca de la convención. Esperaba que Riley fuera con él. Bill recordó que debía entrevistar al Senador Newbrough y a su esposa esta tarde. Era una cita importante, no sólo porque el Senador podría tener buena información, pero por razones diplomáticas. Newbrough realmente estaba dificultándole las cosas al FBI. Riley era la agente indicada para convencerlo de que estaban haciendo todo lo posible.

¿Pero realmente iría? Bill se preguntó.

Parecía realmente extraño que él no podía estar seguro. Hasta hace seis meses, Riley era lo único confiable en su vida. Siempre le había confiado con su vida. Pero su angustia evidente lo preocupaba.

Y aún más, la echaba de menos. Intimidado como se sentía a veces por su mente caprichosa, la necesitaba en un trabajo como este. Durante las últimas seis semanas, también se dio cuenta de que necesitaba su amistad.

¿O era más que eso?

Capítulo 8

Riley condujo por la autopista de dos carriles, tomándose su bebida energética. Era una mañana soleada y cálida, las ventanas del carro estaban abajo, y el cálido olor del heno recién embalado llenaba el aire. Los pastos circundantes de modesto tamaño estaban salpicados de ganado y se veían montañas en ambos lados del valle. Le gustaba aquí.

Pero se recordó a sí misma que no había venido aquí para sentirse bien. Tenía un trabajo duro por hacer.

Riley cruzó en un camino de grava, y después de un minuto o dos, llegó a una encrucijada. Cruzó al Parque Nacional, condujo una corta distancia y detuvo su carro en el pendiente de la carretera.

Se bajó y caminó a través de un área abierta a un roble alto y robusto que estaba ubicado en la esquina noreste.

Este era el sitio. Allí fue hallado el cuerpo de Eileen Rogers, posado torpemente contra este árbol. Ella y Bill habían estado aquí juntos hace seis meses. Riley comenzó a recrear la escena en su mente.

La diferencia más grande fue el tiempo. Era diciembre y había un frío terrible. Un delgado manto de nieve cubría el suelo.

Regresa, se dijo a sí misma. Regresa y siéntelo.

Respiró profundamente, dentro y fuera, hasta que se imaginó que podía sentir un frío abrasador pasando por su tráquea. Casi podía ver las espesas nubes de hielo formándose con cada respiración.

El cadáver desnudo había estado completamente congelado. No era fácil decir cuál de las muchas lesiones corporales eran heridas de cuchillo, y cuáles eran grietas y fisuras causadas por el frío.

Riley convocó nuevamente la escena, hasta el último detalle. La peluca. La sonrisa pintada. Los ojos cosidos para que se mantuvieran abiertos. La rosa artificial en la nieve entre las piernas abiertas del cadáver.

La imagen en su mente ahora estaba lo suficientemente viva. Ahora tenía que hacer lo que había hecho ayer, tener una idea de la experiencia del asesino.

Una vez más, cerró los ojos, se relajó y bajó al abismo. Le dio la bienvenida a esa sensación de mareo y vértigo mientras se deslizaba en la mente del asesino. Muy pronto, ella estaba con él, dentro de él, viendo exactamente lo que veía, sintiendo lo que sentía.

Conducía hacia aquí por la noche, cualquier cosa menos seguro. Observaba la carretera ansiosamente, preocupado por el hielo bajo sus ruedas. ¿Y si perdía el control y caía en una zanja? Y tenía un cadáver en el carro. Lo atraparían de una vez. Tenía que conducir con cuidado. Esperaba que su segundo asesinato fuera más fácil que el primero, pero todavía estaba muy nervioso.

Detuvo el vehículo aquí. Bajó el cuerpo de la mujer, ya desnudo. Pero ya estaba atiesado por rigor mortis. Él no había contado con eso. Lo frustró, sacudió su confianza. Para empeorar las cosas, no podía ver lo que estaba haciendo tan bien, ni siquiera con los faros delanteros que dirigió al árbol. La noche estaba demasiado oscura. Hizo una nota mental para hacerlo durante el día la próxima vez si era posible.

Arrastró el cuerpo al árbol y trató de ponerla en la pose que se había imaginado. No le fue tan bien. La cabeza de la mujer estaba inclinada a la izquierda, congelada allí por rigor mortis. La jaló y la torció. Incluso después de romper su cuello, todavía no podía ponerla para que mirara hacia adelante.

¿Y cómo haría para abrir sus piernas correctamente? Una de las piernas estaba muy torcida. No tuvo más remedio que sacar la barreta de la maleta y romper el muslo y la rótula. Luego torció la pierna lo más que pudo, pero no quedó como él quiso.

Por último, dejó debidamente la cinta alrededor de su cuello, la peluca en su cabeza y la rosa en la nieve. Luego se metió en su carro y se fue manejando. Estaba decepcionado y desanimado.

También estaba asustado. En toda su torpeza, ¿había dejado alguna pista fatal? Repitió obsesivamente todas sus acciones en su mente, pero no podía estar seguro.

Sabía que tenía que hacerlo mejor la próxima vez. Se prometió a sí mismo que lo haría mejor.

Riley abrió los ojos. Dejó que la presencia del asesino se alejara. Ahora estaba satisfecha consigo misma. No se dejó conmovir, ni abrumar. Y había conseguido cierta perspectiva valiosa. Había conseguido una sensación de cómo el asesino estaba aprendiendo su oficio.

Sólo deseaba saber algo—cualquier cosa—sobre su primer asesinato. Estaba más segura que nunca que había matado a otra persona anteriormente. Esto había sido obra de un aprendiz, pero no de un principiante.

Justo cuando Riley iba a darse la vuelta y caminar hacia su coche, algo en el árbol llamó su atención. Era algo amarillo en el tronco.

Caminó al otro lado del árbol y miró para arriba.

“¡Ha estado aquí!” Riley gritó en voz alta. Sintió escalofríos por todo su cuerpo y miró a su alrededor nerviosamente. Nadie parecía estar por allí ahora.

Ubicada en la rama de un árbol mirando a Riley estaba una muñeca desnuda con pelo rubio, en la pose precisa en la cual el asesino había querido posicionar a la víctima.

No tenía mucho tiempo allí— tres o cuatro días como máximo. No había sido movida por el viento o empañada por la lluvia. El asesino había vuelto aquí cuando se había estado preparando para el asesinato de Reba Frye. Igual como lo había hecho Riley, había venido aquí a reflexionar sobre su trabajo, a examinar sus errores críticamente.

Tomó fotos con su teléfono celular. Las enviaría a la Oficina de inmediato.

Riley sabía por qué había dejado la muñeca.

Es una disculpa por sus descuidos anteriores, descifró.

También era una promesa de un trabajo mejor por venir.

Capítulo 9

Riley condujo hacia la casa del Senador Mitch Newbrough, y su corazón se llenó de temor a lo que entró a la vista. Situada en el extremo de un largo camino bordeado de árboles, era enorme, formal y desalentadora. Siempre encontraba que le era más difícil lidiar con los ricos y poderosos que con la gente más abajo en la escala social.

Se estacionó en un círculo bien cuidado frente a la mansión de piedra. Sí, esta familia era muy rica.

Se bajó del carro y caminó a las enormes puertas. Después de tocar el timbre, fue recibida por un hombre pulcro de unos treinta años.

“Soy Robert”, dijo. “El hijo del Senador. Y tú debes ser la Agente Especial Riley. Pasa adelante. Mis padres te están esperando”.

Robert Newbrough condujo a Riley por la casa, que inmediatamente le recordaba lo cuánto que le disgustaban las casas ostentosas. La casa de Newbrough era especialmente cavernosa, y la caminata hasta donde sea que estaban el Senador y su esposa fue desagradablemente larga. Riley estaba segura de que hacer que los huéspedes caminaran tal distancia inconveniente era una especie de táctica de intimidación, una manera de comunicar que los habitantes de esta casa eran demasiado poderosos como que para que se metieran con ellos. Riley también encontró que la decoración y muebles coloniales era bastante feo.

Más que nada, temía lo que venía a continuación. Para ella, hablar con los familiares de las víctimas era simplemente horrible, mucho peor que enfrentarse a escenas de crímenes o incluso cadáveres. Le resultaba demasiado fácil quedarse atrapada en el dolor, la ira y la confusión de las personas. Tales emociones intensas destruían su concentración y la distraían de su trabajo.

Mientras caminaban, Robert Newbrough dijo, “Mi padre ha estado en casa de Richmond desde...”

Se atragantó un poco en medio de la oración. Riley podía sentir la intensidad de su pérdida.

“Desde que nos enteramos de lo de Reba”, continuó. “Ha sido terrible. Madre ha estado especialmente conmocionada. Trata de no molestarla mucho”.

“Lamento mucho tu pérdida”, dijo Riley.

Robert la ignoró y la llevó a una sala de estar espaciosa. El Senador Mitch Newbrough y su esposa estaban sentados juntos en un enorme sofá, tomados de la mano.

“Agente Paige”, dijo Robert, introduciéndola. “Agente Paige, permítame presentarte a mis padres, el Senador y su esposa, Annabeth”.

Robert le dijo a Riley que se sentara, luego él tomó asiento.

“En primer lugar”, dijo Riley, “mi más sentido pésame por su pérdida”.

Annabeth Newbrough respondió asintiendo silenciosamente en reconocimiento. El Senador sólo estaba sentado mirando hacia adelante.

En el breve silencio que siguió, Riley hizo una rápida evaluación de sus caras. Había visto a Newbrough en televisión muchas veces, usando siempre una sonrisa de político. Él no estaba sonriendo ahora. Riley no había visto a la Sra. Newbrough mucho, quién parecía poseer la docilidad típica de la esposa de un político.

Ambos tenían unos sesenta años. Riley detectó que ambos habían recurrido a dolorosos y costosos esfuerzos para lucir más jóvenes: implantes de cabello, tinte de pelo, lifting facial, maquillaje. A Riley le parecía que sus esfuerzos los habían dejado viéndose vagamente artificiales.

Como muñecas, Riley pensó.

“Tengo que hacerle unas preguntas sobre su hija”, dijo Riley, sacando su cuaderno. “¿Estuvieron en estrecho contacto con Reba recientemente?”

“Oh, sí”, dijo la Sra. Newbrough. “Somos una familia muy unida”.

Riley notó una leve rigidez en la voz de la mujer. Sonaba como si era algo que decía demasiado a menudo, algo demasiado rutinario. Riley estaba bastante segura de que la vida familiar de los Newbrough era lejos de ser ideal.

“¿Reba les dijo algo recientemente sobre sentirse amenazada?” preguntó Riley.

“No”, dijo la Sra. Newbrough. “Ni una palabra”.

Riley observó que el Senador no había dicho una palabra hasta ahora. Se preguntaba por qué él estaba tan callado. Tenía que analizarlo, ¿pero cómo?

Ahora Robert habló.

“Había estado pasando por un divorcio difícil recientemente. Las cosas se pusieron feas entre ella y Paul por la custodia de sus dos hijos”.

“Ah, él nunca me cayó bien”, dijo la Sra. Newbrough. “Tenía un mal genio. ¿Crees que posiblemente—?” Dejó de hablar en media oración.

Riley negó con la cabeza.

“Su ex marido no es un sospechoso probable”, dijo.

“¿Por qué demonios no?” preguntó la Sra. Newbrough.

Riley sopesó en su mente lo que debería y no debería decirles.

“Pueden haber leído que el asesino ha matado antes”, dijo. “Hubo una víctima similar cerca de Daggett”.

La Sra. Newbrough se estaba agitando más y más.

“¿Qué debe significar todo esto para nosotros?”

“Estamos tratando con un asesino en serie”, dijo Riley. “No había nada doméstico sobre el asesinato. Su hija puede no haber conocido al asesino en lo absoluto. Es muy probable que no fue personal”.

La Sra. Newbrough estaba sollozando ahora. Riley inmediatamente lamentó su elección de palabras.

“¿No fue *personal*?” La Sra. Newbrough casi gritó. “¿Cómo podría ser cualquier otra cosa *menos* que personal?”

El Senador Newbrough le habló a su hijo.

“Robert, por favor llévate a tu madre a otra parte y cálmala. Necesito hablar con la Agente Paige a solas”.

Robert Newbrough obedientemente se llevó a su madre. El Senador Newbrough no dijo nada por un momento. Miró a Riley fijamente a los ojos. Estaba segura que él estaba acostumbrado a intimidar a la gente con esa mirada. No funcionó en ella. Simplemente le devolvió esa mirada.

Por último, el Senador alcanzó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre de tamaño carta. Caminó a su silla y se lo entregó.

“Toma”, dijo. Luego caminó hacia el sofá y se sentó de nuevo.

“¿Qué es esto?” preguntó Riley.

El Senador volvió a mirarla.

“Todo lo que necesitas saber”, dijo.

Riley ahora estaba totalmente desconcertada.

“¿Puedo abrirlo?”, preguntó.

“Por supuesto”.

Riley abrió el sobre. Contenía una sola hoja de papel con dos columnas de nombres en ella. Reconocía algunos de ellos. Tres o cuatro era periodistas conocidos en las noticias locales de TV. Otros eran políticos prominentes de Virginia. Riley estaba aún más perpleja que antes.

“¿Quiénes son estas personas?” preguntó.

“Mis enemigos”, dijo el Senador Newbrough en un tono equilibrado. “Probablemente no es una lista completa. Pero éstos son los que importan. Alguien de esa lista es el culpable”.

Riley ahora estaba totalmente estupefacta. Se quedó sentada allí y no dijo nada.

“No estoy diciendo que alguien en esa lista mató a mi hija directamente, cara a cara”, dijo. “Pero seguro que le pagaron a alguien para que lo hiciera”.

Riley habló lentamente y con cautela.

“Senador, con todo respeto, creo que acabo de decir que el asesinato de su hija probablemente no fue personal. Ya hubo un asesinato casi idéntico a él”.

“¿Estás diciendo que mi hija fue atacada por pura coincidencia?” preguntó el Senador.

Sí, probablemente, pensó Riley.

Pero ella sabía mejor que decirlo en voz alta.

Antes de que pudiera responder, él añadió, “Agente Paige, he aprendido por experiencia a no creer en coincidencias. No sé por qué ni cómo, pero la muerte de mi hija fue política. Y en la política, *todo* es personal. Así que no me digas que es cualquier otra cosa menos personal. Es tu trabajo y el de la Oficina encontrar al responsable y llevarlo ante la justicia”.

Riley respiró profundamente. Estudió el rostro del hombre en detalle. Podía verlo ahora. El Senador Newbrough era un narcisista total.

Esto no debe sorprenderme, pensó.

Riley entendió otra cosa. El Senador consideraba inconcebible que algo en su vida no fuera específicamente acerca de él y él solamente. Hasta el asesinato de su hija era sobre él. Reba simplemente había quedado atrapada entre él y alguien que lo odiaba. Él probablemente creía eso.

“Señor”, Riley comenzó, “con todo respeto, no pienso que—”

“No quiero que pienses”, dijo Newbrough. “Tienes toda la información que necesitas justo allí en frente de ti”.

Sostuvieron la mirada durante varios segundos.

“Agente Paige”, dijo el Senador finalmente, “me da la sensación que no estamos en la misma onda. Eso es una pena. Quizás no lo sepas, pero tengo buenos amigos en las altas esferas de la Agencia. Algunos me deben favores. Me pondré en contacto con ellos de inmediato. Necesito a alguien en este caso que haga el trabajo”.

Riley se quedó sentada allí, sorprendida, sin saber qué decir. ¿Este hombre realmente era tan delirante?

El Senador se puso de pie.

“Enviaré a alguien a que te escolte afuera, Agente Paige”, dijo. “Lamento que no pudiéramos ponernos de acuerdo”.

El Senador Newbrough salió de la habitación, dejando a Riley allí sola. Se quedó con la boca abierta. Definitivamente era narcisista. Pero sabía que había más a él que eso.

Había algo que el Senador estaba escondiendo.

Y no importa lo que costara, ella averiguaría qué era.

Capítulo 10

Lo primero que llamó la atención de Riley fue la muñeca: la misma muñeca desnuda que había encontrado ese mismo día en el árbol cerca de Daggett, en exactamente la misma pose. Por un momento, se sorprendió en verla sentada allí en el laboratorio de análisis forense del FBI rodeada de una amplia gama de equipos de alta tecnología. Parecía estar extrañamente fuera de lugar—como una especie de pequeño santuario enfermo a una era de antaño, no digital.

Ahora la muñeca era sólo otra prueba más, protegida por una bolsa de plástico. Sabía que un equipo había sido enviado a recuperarla tan pronto como había llamado para informar sobre la misma. Aun así, era algo discordante.

El Agente Especial Meredith dio un paso hacia adelante para saludarla.

“Ha pasado mucho tiempo, Agente Paige”, dijo con afecto. “Bienvenida”.

“Es bueno estar de vuelta, Señor”, dijo Riley.

Caminó a la mesa para sentarse con Bill y el técnico de laboratorio, Flores. Cualquiera incertidumbre que podría estar sintiendo, realmente se sentía bien volver a ver a Meredith. Le gustaba su estilo rudo y práctico, y siempre la había tratado con respeto y consideración.

“¿Cómo te fue con el Senador?” preguntó Meredith.

“Nada bien, señor”, respondió.

Riley notó molestia en la cara de su jefe.

“¿Crees que va a darnos problemas?”

“Estoy segura que será así. Lo siento, señor”.

Meredith asintió con simpatía.

“Estoy seguro que no es tu culpa”, dijo.

Riley supuso que tenía una idea bastante clara de lo que había sucedido. El comportamiento del Senador Newbrough era, sin duda, típico de los políticos narcisistas. Meredith probablemente estaba demasiado acostumbrado a ello.

Flores tipeaba rápidamente y, mientras lo hacía, imágenes de fotografías espeluznantes, informes oficiales y noticias surgieron en monitores grandes alrededor de la habitación.

“Investigamos un poco y resulta que tenías razón, Agente Paige”, dijo Flores. “El asesino sí mató antes, mucho antes del asesinato en Daggett”.

Riley oyó el gruñido de satisfacción de Bill y, por un segundo, Riley se sintió reivindicada, sentía que volvía su confianza en sí misma.

Pero luego se hundieron sus espíritus. Otra mujer había muerto una muerte terrible. No era motivo de celebración. En realidad, había deseado no tener razón.

¿Por qué no puedo disfrutar tener razón de vez en cuando? se preguntó.

Un gigantesco mapa de Virginia estaba en el monitor de la pantalla plana principal, luego se redujo al norte del estado. Flores etiquetó un punto alto en el mapa, cerca de la frontera de Maryland.

“La primera víctima fue Margaret Geraty, de treinta y seis años”, dijo Flores. “Su cuerpo fue encontrado en unas tierras de cultivo, cerca de trece millas en las afueras de Belding. Fue asesinada el veinticinco de junio, hace casi dos años. El FBI no fue convocado para ese caso. Los locales dejaron que se enfriara”.

Riley miró las fotos de la escena de crimen que Flores colocó en otro monitor. El asesino obviamente no trató de posar el cuerpo. Simplemente la había tirado en una prisa y se fue.

“Hace dos años”, dijo, pensando, absorbiéndolo todo. Una parte de ella se sorprendió de que llevaba tanto tiempo haciendo esto. Pero otra parte de ella sabía que estos asesinos enfermos podrían operar por años. Podían tener una paciencia extraordinaria.

Examinó las fotos.

“Veo que todavía no había desarrollado su estilo”, señaló.

“Correcto”, dijo Flores. “Hay una peluca allí, y le cortó el pelo, pero no dejó una rosa. Sin embargo, fue estrangulada hasta la muerte con una cinta rosada”.

“Se apresuró en todo”, dijo Riley. “Sus nervios lo vencieron. Fue su primera vez, y carecía de confianza en sí mismo. Lo hizo un poco mejor con Eileen Rogers, pero no fue hasta Reba Frye que alcanzó su máximo desempeño”.

Recordó algo que había querido preguntar.

“¿Encontraste alguna conexión entre las víctimas? ¿O entre los niños de las dos madres?”

“Nada”, dijo Flores. “Revisamos los grupos de padres y no encontramos nada. No parecían conocerse”.

Eso desanimó a Riley, pero en realidad no la sorprendió.

“¿Y la primera mujer?” preguntó Riley. “Era una madre, supongo”.

“No”, dijo Flores rápidamente, como si hubiera estado esperando esa pregunta. “Era casada, pero no tenía hijos”.

Riley se sorprendió. Estaba *segura* que el asesino estaba persiguiendo madres. ¿Cómo podría haberse equivocado en eso?

Podía sentir su creciente confianza en sí misma de repente desinflarse.

Mientras Riley vacilaba, Bill le preguntó, “Entonces ¿qué tan cerca estamos a identificar un sospechoso? ¿Pudieron obtener algo de esos erizos del Parque Mosby?”

“No tuve suerte”, dijo Flores. “Encontramos restos de cuero en vez de sangre. El asesino llevaba guantes. Parece ser escrupuloso. Incluso en la primera escena, no dejó huellas ni ADN”.

Riley suspiró. Había estado tan esperanzada que había encontrado algo que otros habían pasado por alto. Pero ahora sentía que se estaba ponchando. Estaban de vuelta en el principio.

“Obsesivo sobre los detalles”, comentó.

“Aun así, creo que estamos acercándonos a encontrarlo”, agregó Flores.

Utilizó un puntero electrónico para indicar lugares, dibujando líneas entre ellos.

“Ahora que sabemos sobre este asesinato anterior, tenemos el orden y una mejor idea de su territorio”, dijo Flores. “Tenemos número uno, Margaret Geraty, en Belding al norte, número dos, Eileen Rogers, al oeste en el Parque Mosby y número tres, Reba Frye, cerca de Daggett, más al sur”.

Mientras Riley miraba, notó que los tres lugares formaban un triángulo en el mapa.

“Estamos viendo una superficie de alrededor de mil millas cuadradas”, dijo Flores. “Pero eso no es tan malo como parece. Estamos hablando de zonas rurales sobre todo con unos pequeños pueblos. En el norte tienes algunas fincas grandes como la del Senador. Mucho campo abierto”.

Riley vio una mirada de satisfacción profesional en la cara de Flores. Obviamente le encantaba su trabajo.

“Lo que voy a hacer es sacar todos los delincuentes sexuales registrados que viven en esta área”, dijo Flores. Tipió un comando, y el triángulo fue punteado con cerca de una docena de pequeñas etiquetas rojas.

“Ahora vamos a eliminar a los pederastas”, dijo. “Podemos estar seguros de que nuestro asesino no es uno de ellos”.

Flores tipió otro comando, y aproximadamente la mitad de los puntos desaparecieron.

“Ahora delimitemos solo los casos duros, chicos que han estado en prisión por violación, asesinato o ambos”.

“No”, dijo Riley abruptamente. “Eso no está bien”.

Los tres hombres la miraron con sorpresa.

“No estamos buscando un criminal violento”, dijo.

Flores gruñó.

“¡Pues claro que sí!” protestó.

Cayó un silencio. Riley sentía un conocimiento formándose, pero que no había tomado forma en su mente todavía. Miró la muñeca, que todavía estaba sentada grotescamente sobre la mesa, viéndose tan fuera de lugar como siempre.

Si sólo pudieras hablar, pensó.

Entonces comenzó lentamente a exponer sus pensamientos.

“Quiero decir, no *obviamente* violento. Margaret Geraty no fue violada. Ya sabemos que Rogers y Frye tampoco lo fueron”.

“Fueron torturadas y asesinadas”, dijo Flores.

Una tensión llenó la habitación; Brent Meredith se veía preocupado, mientras que Bill estaba mirando fijamente a uno de los monitores.

Riley señaló a las imágenes del cadáver horriblemente mutilado de Margaret Geraty.

“Su primer asesinato fue el más violento”, dijo. “Estas heridas son profundas y feas, peores incluso que las de sus otras dos víctimas. Puedo apostar a que tus técnicos ya han determinado que les causó estas heridas rápidamente, una tras otra”.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.